



*Ediciones Biblioteca Films  
Serie Especial*

Editorial *Alas*



*Gary*  
**COOPER**



*Joan*  
**LESLIE**



*SARGENTO*  
**YORK**





---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción.

---

---

ARTES GRÁFICAS ESTILO

Valencia, 234 - Teléfono 70657

BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION  
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería  
Barbá, 16, Barcelona - Tronera, 4, Madrid

EDITORIAL



AÑO XX

SERIE ESPECIAL  
NUM. 110

NUM. 359

## SARGENTO YORK

La vida de uno de los más célebres héroes de la anterior guerra mundial, Alvin York, presentada de una forma descarnada e intensa, a través de sus dudas, de sus pecados, de sus odios y de sus innegables virtudes, de su amor a una mujer y su acatamiento de las leyes divinas, constituyen el sencillo y magnífico relato de estas páginas.

---

EXCLUSIVA



Paseo de Gracia, 93  
BARCELONA

# PRINCIPALES INTERPRETES

---

Alvin C. York . .	Gary Cooper
Pastor Rosie Pile .	Walter Brennan
Gracie Williams. .	Joan Leslie
«Pusher» Ross . . .	George Tobias
Major Buxton . . .	Stanley Ridges
Mother York. . . .	Margaret Wycherly
Ike Botkin. . . . .	Ward Bond

---

Director:

Howard Hawks

---

---

Narración literaria por

Juan Planas



---

## LA INCREULIDAD DE ALVIN YORK

Una vez los sencillos habitantes del Valle de las Tres Horas, en el estado de Tennessee, hubieron acabado de cantar el himno religioso, el pastor Pile abrió el volumen del Nuevo Testamento y empezó su sermón con las siguientes palabras:

—Y Él comenzó su parábola, diciéndoles: «Si alguno tuviere cien ovejas y se descarriara una de ellas, ¿por ventura no dejaría las noventa y nueve en...?»

El pastor dejó de hablar para lanzar una mirada de contrariedad a Zeke, cuyas botas, al cruzar la sala, rechinaban de una manera escandalosa. Zeke se detuvo, pero, en cuanto el pastor reanudó el sermón, siguió su camino, avergonzado, hacia su asiento, con lo que nuevamente rechinaron aquellos engendros de Satán que calzaban sus pies.

Viendo el pastor que no sólo el calzado de Zeke no enmudecía, sino que sus feligreses daban ya algunas muestras de distracción, cortó su sermón por lo sano, ordenando al inocente causante del disturbio:

—Anda, Zeke, siéntate ahora.

Zeke le obedeció y el pastor pudo acabar la parábola sin más contratiempos. Pero cuando estaba citando el ejemplo práctico,

tres jinetes entraron al galope en la plazuela de la iglesia, chillando y disparando sus pistolas.

Las detonaciones, como es de suponer, interrumpieron la explicación del pastor y, lo que es más doloroso, picaron la curiosidad de los humildes campesinos. Finalmente, después de luchar contra el alboroto, la contrariedad y su propia impaciencia, en el momento en que los cascos de los caballos dejaron de repiquetear en la plazuela, el pastor Pile cerró el Nuevo Testamento con ademán de fatiga y exclamó:

—Me parece que... que el diablo está llamando a la puerta de la casa de Dios. Y si prefiere alguno de vosotros ir a acompañarle, está en libertad de hacerlo. ¡Esta plática ha terminado!

La iglesia rústica se vació en un santiamén y los feligreses contemplaron el tronco de un árbol en el que los proyectiles de uno de los jinetes habían trazado dos grandes letras: «A. Y.»

—Mire esto, pastor Pile—gritó uno de los presentes a su director espiritual—, Alvin York ha escrito a balazos sus iniciales en este árbol. ¡Véalas!

El pastor estudió aquella prueba de la puntería de Alvin, pero no dijo nada. Otro montañés aseguró:

—Fueron Alvin York, Ike Botkin y Buck Lipscomb, borrachos del todo.

Una mujer pobremente vestida se abrió paso hasta el que había hablado en último lugar y le cogió con energía del brazo, que sacudió, mientras preguntaba:

—¿Quiénes habéis dicho que fueron? ¿Quiénes habéis dicho que fueron?

La desesperación, la vergüenza y el orgullo lucían en los ojos penetrantes de aquella mujer de facciones curtidas y fatigadas. Hubo una pausa, rota al fin por uno de los montañeses.

—Fué Alvin, señora York.

—¿Y cómo lo sabes tú?—le increpó madre York.

—No fué Alvin, señora York, sino el vino—aseguró, con padecido, el pastor.

Madre York miró sucesivamente a Pile y al tronco del árbol;



pasó un dedo por los agujeros practicados por las balas y dijo, más para sí que para los demás:

—Parece cosa difícil que un borracho haga eso—y, disponiendo a marcharse, preguntó al pastor—: ¿No cree usted?

Pile inclinó la cabeza sin responderle y madre York se alejó, seguida de las miradas respetuosas y compasivas de sus vecinos. Pero, a pesar de su seguridad, madre York temía que sucediese lo que, en efecto, estaba ocurriendo: que Alvin y sus amigos se dirigiesen hacia la frontera de Kentucky, de donde sólo regresarían borrachos como una cuba el lunes, antes de amanecer, para labrar sus tierras, siendo el objeto de las burlas y del escándalo de los habitantes de toda la región, cosa que, a decir verdad, poco importaba a ninguna de las tres ovejas descarriadas.

\* \* \*

Los campesinos que estaban reunidos en la abacería regentada por el pastor Pile, lo mismo que éste, salieron al oír los gritos de un jinete, que se acercaba al edificio al trote de una mula, por el fangoso camino. Todos le saludaron a grito pelado, deseándole la bienvenida. La llegada de Luke, el cartero, era un verdadero acontecimiento en el Valle de las Tres Horcas.

—Te esperamos desde el sábado—le anunció el pastor, una vez hubieron entrado.

—No se podía venir más que volando—replicó Luke—. Los caminos se han convertido en una laguna entre el valle y Rugby. En algunos sitios había tal cantidad de agua, que tuve que emplear la barriga de «Betsy» como barcaza.

Luke entregó el correo a Pile, que se puso las gafas, mientras que Zeke, cómodamente apoyado en un poste de la abacería, le decía:

—Creo que hubiera llegado aquí antes si hubiese traído a «Betsy».

—Sí—concedió Luke—: pero yo preferiría no haber per-

dido a la vieja «Flora». Ahora no hay mulas como las de antaño.

Zeke convino en que así era. El pastor se encaró con un hombrecillo, elegantemente ataviado, si se le comparaba con los toscos campesinos. Era un viajante de comercio, que intentaba introducir los refinamientos de la moda en aquel paraje. Con gran misterio, sacó de una caja un sombrero blanco de mujer, cuyo aspecto era semejante al de una tarta. Los presentes lo contemplaron asombrados y el pastor exclamó:

—Oiga, ¿qué lleva usted ahí, amigo?

—¡El más reciente sombrero de señora! ¡La última moda!

—¡je! Aquí las casadas llevan tocas de paño pardo y las solteras no llevan nada—le contestó, con indiferencia, el pastor.

—Tal vez sí, pero, en el comercio moderno, debe crear por sí mismo la demanda—dijo el viajante de carretilla—. También traigo ropa de mujer baratísima en cuanto al precio, con su buen elástico de goma doble en el talie y en las rodillas, que jamás perderá tirantez, por mucho que usted lo lave.

El pastor miró pensativo, no a la prenda exhibida, sino al viajante.

—Es la primera vez que viene usted por aquí, ¿verdad?—le preguntó.

Pile no se equivocaba. El viajante, sin darse cuenta de la indiferencia de los campesinos, continuó cantando las alabanzas de sus mercancías e, incluso, se atrevió a hacer un chiste algo escabroso sobre las dimensiones de las futuras propietarias de aquellas prendas. Y no se percató del silencio glacial ni del gesto de desagrado con que eran recibidas sus bromas.

—Puedo asegurarle que la ropa interior se ha hecho popularísima entre las señoras—concluyó el viajante.

El pastor, sin levantar los ojos del correo, que estaba clasificando, le respondió con sequedad:

—Pues las de aquí ni siquiera saben para lo que sirve.

Pile repartió el correo, leyendo las cartas previamente, a lo que nadie tuvo nada que oponer, y, cuando Lem desplegó el periódico por él recibido, sin hacer caso de los llamativos titu-

lares de la primera página. Eb quiso saber las noticias de «última hora».

—Pues...—anunció el complaciente Lem—, aquí dice que Cordell Hull pronunció un discurso en Jintown. Parece que quiere ir otra vez al Congreso. Ha dicho...

—Recuerdo muy bien—le interrumpió Zeke—que Cordell Hull de chiquitín era igual que una rana; le conocí con pañales. Eso os demostrará lo que puede conseguir un hombre si se aplica a estudiar.

El viajante, que estaba recogiendo su mercancía, lanzó un bufido de desprecio.

—Ese periódico es de hace cuatro días. Lo lei en Nashville.

—Ya—contestó Lem, sin impresionarse—. Pero Luke necesita tres días de mula para traernos el correo de Rugby.

—Lo creo muy bien después del viaje que hice desde Jamestown—aseguró el viajante.

—¡Jintown!—le corrigió Zeke, según el modo peculiar de hablar del país.

—Creí que era Jamestown—balbució el viajante.

—Y lo es—se rió Zeke, mientras los demás le acompañaban en su hilaridad.

—Bueno... De todos modos...—tartamudeó furioso el viajante—. Y ya una vez en él... me gustaría saber cómo llegaron ustedes a este valle.

Zeke, sin inmutarse, le respondió:

—Pues viniendo al mundo aquí.

Pronto comprendió el viajante que ni sus prendas, ni la guerra inminente, ni nada que no fuera los asuntos que les concernían de cerca, lograría interesar a los habitantes del valle. De pronto, Zeke le preguntó con orgullo:

—Anoche pudo armarse la gorda en la capilla protestante. ¿Se ha enterado? Alvin York y dos de sus compinches interrumpieron la ceremonia.

Todos prestaron atención, cuando Luke dijo:

—Eso es poco comparado con lo que hizo en Jintown. Anoche casi voló la cárcel. Tuvieron que soltarle del escándalo que

armó. El viejo Jarvis de Bear Creek me dijo que había visto a los tres cabalgando en sus mulas en dirección a la frontera de Kentucky.

—El alcohol se les irá evaporando y querrian llegar allí antes de estar del todo serenos—comentó Eb, en medio de una risotada general.

Cuando Zeke quiso avisarles, ya era tarde; madre York había entrado en la abacería. Aunque había oído los comentarios, su rostro impasible no daba muestras de ello. Se acercó a Pile y, acariciando sin darse cuenta el sombrero ofrecido por el viajante, le suplicó:

—¿Podría darme un bote de harina de maíz y... una... bolsa de sal?—y añadió en voz baja—. No le traigo más que cinco huevos y no... no son muy grandes.

—Todos se comen, señora —aseguró bondadosamente el pastor, entregándole lo que había pedido.

—Estábamos sin un grano de sal—le dijo madre York, guardando cuidadosamente los saquitos.

Pile lanzó una mirada escrutadora al rostro inmóvil de la mujer, carraspeó y, llevándola a un rincón de la abacería, le aconsejó:

—Señora York, no se enfade usted por lo que ha oído.

—No lo haré; esté tranquilo, pastor. Ni pienso disculpar ante los demás a mi hijo. Me siento orgullosa de Alvin. Trabaja y suda más que nadie, mejorando y cuidando aquellas pobres tierras. Es labor harto dura querer sacar cosechas de las rocas... ¿Quién puede culparle si comete una tontería de cuando en cuando?

—Nadie en absoluto, señora. Tiene usted razón—contestó Pile.

—Desde luego, yo no apruebo lo que hace Alvin—añadió madre York—. Algo de religión no le vendría mal, ¿no cree?... ¿Por qué no charla usted un rato con Alvin? ¿No le parece que conseguiría algo?

—Pues, por lo menos, no le hará ningún daño a Alvin oír cuatro verdades—respondió el pastor, irguiéndose.



Madre York le dió las gracias y salió de la abacería, saludada respetuosamente por todos. Una vez en su humilde casa de la montaña, hizo una seña a George, su hijo menor, que la había estado esperando con Rosie, su hermana. El muchacho se puso en pie.

—Ya me enteré adónde fué tu hermano anoche. Está en la frontera de Kentucky.

Georgie se puso la americana, cogió su escopeta y un hatillo de comida para su larga caminata, desapareciendo silenciosamente montaña arriba.

Mientras tanto, Alvin y sus dos amigos estaban en un bar de la frontera de Kentucky. A pesar de dar evidentes muestras de embriaguez, estaban discutiendo con Marter, el tabernero, la adquisición de una nueva botella de licor.

—Escucha, Alvin—les replicó Marter—. Tú sabes igual que yo e igual que el sheriff, que vosotros sois de aquí, de Tennessee, y que no puedo venderos alcohol a menos que estéis en Kentucky.

—Marter, eres el legalista peor de esta comarca, entre otras cosas.

Y, lanzando una risotada, los tres juerguistas dieron una zancada y cruzaron la línea de tiza, marcada en el suelo, que indicaba la divisoria entre los Estados de Kentucky y Tennessee. Mientras compraban el licor, una de las mujerzuelas presentes, sentada a una de las mesas de «poker», lanzó unas fogosas miradas a Alvin, quien no se dió cuenta de ellas; en cambio, uno de los jugadores, que estaba en relaciones con la mujerzuela, se percató de ello y únicamente la fama de Alvin como luchador impidió que estallara una pelea.

Los tres compinches, después de ocupar una mesa de Kentucky, y discutir acerca del brindis que habían de pronunciar, confesando de pao que estaban borrachos como unas cubas, bebieron directamente de la botella hasta dejarla mediada.

De repente, cuando sus alaridos de placer y sus cantos iban en aumento, abrióse silenciosamente la puerta de la taberna. Aparecieron, en primer lugar, los pulidos cañones de una esco-

peta y, luego, el rostro ceñudo de George. Alvin parpadeó rápidamente e hizo mueca de contrariedad.

—¡Vaya!... Se acabó la broma...—gruñó Alvin—. ¿Qué te trae por aquí, George?

En la taberna se hizo el silencio. El muchacho se acercó sin vacilación a su hermano y le apuntó con la escopeta, diciendo:

—Madre quiere que vuelvas a casa.

En medio de las risotadas de todo el mundo, Alvin se levantó, se echó su americana al brazo y siguió a George con la docilidad de un cordero. Esta docilidad fue la que animó al jugador, cuya pareja había mirado con tanto fuego a Alvin, a pronunciar unas palabras burlonas:

Alvin, sin perder su cachaza, entregó su chaqueta a George, se acercó al jugador... Y momentos más tarde, el atrevido volaba por los aires, impelido por un soberbio puñetazo de Alvin. Los amigos de ambos contrincantes se mezclaron en la lucha y, poco después, la taberna era un infierno, en el que se oían gemidos, impactos de golpes, chillidos de mujeres y chasquidos de sillas y mesas al ser rotas.

Finalmente, habiéndose librado del jugador y demolido a los demás combatientes, Alvin, montado en su mula y escoltado por George, emprendía el regreso al valle.

Amanecía cuando llegaron. Alvin se detuvo avergonzado ante el umbral de su cabaña. Su madre, sin decir una palabra, le arrojó un cubo de agua al rostro, con lo que Alvin se despejó. Después se sentaron a la mesa, madre York bendijo los alimentos, hecho lo cual, sin demostrar ningún rencor, acercó el saquito de sal a Alvin, diciéndole:

—Me parece que te hará falta un poco de sal en la comida.

Alvin comprendió que había sido perdonado y sintió un gran remordimiento por sus locuras.

Al amanecer, estaba ya arando en la pedregosa y empinada cuesta de la montaña, donde tenía sus mezquinas tierras. Trabajaba con ardor, apartando las piedras contra las que chocaba la reja. En esto se le acercó el pastor Pile y, después de los saludos, Alvin tartamudeó:



—Estaba casi esperándole. Siento muchísimo lo de la otra noche. Reconozco que no hice nada bien.

—Satanás te tiene bien sujeto, Alvin.

—Tiene usted razón de sobra, pastor—le contestó Alvin, reanudando su trabajo.

—Librate de él antes de que sea demasiado tarde.

—Quisiera saber cómo hacerlo — contestó, burlón, Alvin, mientras el pastor le seguía dando zancadas.

—Lucha con él, Alvin; lucha con él como si fuera un oso.

—Si ya luchó con él, padre; pero... —se interrumpió para apartar una enorme piedra de su camino—. Pero es que Satanás agarra con unas ganas...

—Con la ayuda del Señor lo lograrás, Alvin. Unidos los dos venceréis al diablo en menos que canta un gallo.

—Pues yo... yo bien quisiera que el Señor me ayudase.

—Lo hará si se lo pides.

—Ya se lo pedí hasta perder la respiración, pero fué inútil.

—Con rezar no basta, Alvin. Es preciso tener fe. Escucha esto, hijo...

El pastor, con entusiasmo, que hacía meritorio la innegable incredulidad de Alvin, habló durante un buen rato mencionando ejemplos de la bondad y de la previsión de Dios. Alvin le escuchó en silencio y, así que Pile hubo concluido, empuñó las riendas diciendo:

—A mi modo de ver... es inútil que el hombre quiera a la fuerza buscar la religión... Bueno, que es ella la que ha de venir a él.

—Y vendrá, muchacho—le aseguró Pile con calor—. Ya lo verás. Puede que llegue como la aurora del día, lentamente, o, tal vez, de repente, como el rayo.

—¿Cuándo?—puntualizó Alvin.

—Cuando tú menos lo esperes.

—Bueno... ¡ojalá venga!...

Y con estas palabras, se separó del pastor, reanudando su titánica proeza de trocar aquel erial en una tierra fértil.

### LA LUCHA POR EL AMOR

George y Alvin corrían por el valle, con las escopetas empuñadas, precedidos por los perros, dando caza a un zorro, cuya captura significaría para ellos un inesperado aumento de ingresos.

De pronto, al cruzar la finca de los William, cerca de la casa, George notó que Alvin se paraba en seco. Siguió la dirección de sus miradas y descubrió la presencia de una muchacha, que se peinaba sentada en la barandilla del porche.

—Pero ¿qué te pasa, Alvin?—rezungó George, tirando de él hacia donde sonaban los ladridos de los perros.

Alvin se soltó de su mano y se acercó a la casa. La muchacha le miraba sonriendo dulcemente, mientras el peine desenredaba su negrísimo cabello. Era muy bella y tenía la fresca gracia de la juventud. Alvin notó, con obscura intuición, que jamás la olvidaría. Una extraña pasión crecía en su interior, agradable y poderosa, impidiéndole continuar la caza. Al contrario, no se acordaba más de ella que si se hubiera tratado de un sueño.

—¿Eres Alvin York, ¿no es eso?—preguntó la muchacha.

—Sí—respondió Alvin con torpeza.

—No se te ve hace siglos—agregó la muchacha—. ¿Puede saberse dónde te escondes?

—Pues por ahí—anunció Alvin con vaguedad.

George insistió en que Alvin le acompañara, pero su hermano le despidió con un gesto y se quedó ante la jovencita, contemplándola con los ojos muy abiertos. Ella, conociendo instintivamente el efecto que había causado y halagada por él, se rió, ruborizándose al mismo tiempo, y dijo apresuradamente:

—Ya supuse que quien cazaba eras tú. Los ladridos de tus perros son inconfundibles. Uno suele acabarlo con una nota muy aguda como la de las trompetas, y el otro croa igual que una rana cuando brilla la luna. Pero...

Alvin levantó lentamente una mano y exclamó con incredulidad:

—Tú no serás Gracie Williams, ¿verdad?

—¿Quién podría ser?—le respondió ella, lanzando una carcajada.

Alvin se quedó aturdido.

—Vaya... Si tan sólo eras así de... Oye, has crecido mucho y aprisa, ¿eh?

—Sí, bastante de prisa—dejó de hablar y, luego, añadió, refiriéndose a los perros—: Ladran como si hubieran descubierto ya el zorro. ¡He dicho que tus perros ya han descubierto al zorro! Será mejor que lo recojas.

—Será mejor que sí—dijo Alvin con un esfuerzo—. Ya nos veremos.

—Eso espero—le aseguró Gracie desde la casa.

Por la noche, en la cabaña de los York, ocurría algo inusitado. Alvin se estaba peinando y cantaba. Su madre y hermanos le contemplaban asombrados. Madre York no tardó en adivinar lo que le sucedía a Alvin.

—Madre—dijo éste, volviéndose—. Cuando tú y padre os casasteis, ¿con qué bienes contó padre para hacerlo?

—Pues tu padre tenía entonces estas mismas tierras, una mula y cuatro... no, cinco dólares.

Alvin continuó peinándose y cantando; pero, de nuevo, se detuvo para preguntar:

—¿Y el abuelo qué tuvo?

—Tu abuelo tuvo entonces también estas parcelas y dos cabezas de ganado. La yegua estaba preñada.

Alvin terminó de acicalarse y suplicó a su madre que le cosiera un desgarrón del pantalón. Mientras ella lo hacía, entre tirón y tirón de hilo exclamó con interés:

—Estás pensando emprender una nueva vida, ¿verdad, hijo?

—Sí, madre.

—Oye, ¿van a casarte?—se sorprendió Rosie.

—¿Y quién será la novia?—quiso saber su madre, tras un signo afirmativo de Alvin.

—Gracie Williams—les contestó con calma Alvin.

—¿Gracie Williams? —repitió consternada madre York—. ¡Hum!... ¿Se lo has dicho ya?

—No; aun no—y habiéndose dado cuenta de la incredulidad de su madre, dijo—: ¿Qué te pasa?

—Yo no he dicho nada—protestó la madre, y agregó, refiriéndose al zurcido—: Supongo que no se descoserá.

Cuando, minutos más tarde, Alvin apareció en la casa de los Williams, encontró en el porche a Gracie acompañada de Zeb Andrews, que la ayudaba a ovillar una madeja de lana, en tanto que le proponía ser su pareja en el baile del sábado siguiente. Ambos jóvenes se quedaron asombrados al verle, y Zeb lanzó un gruñido de contrariedad.

—¿Haces punto?—se burló Alvin, indicando el ovillo que el joven tenía en las manos.

—Sólo estaba ayudándome—le informó Gracie, riéndose—. La verdad que no esperaba que vinieras hoy.

—Te dije que nos veríamos—respondió Alvin, apoyándose en la barandilla, muy cerca de ella.

—Esta mañana llegó Alvin persiguiendo un zorro—explicó Gracie a Zeb—. Y se detuvo unos momentos aquí para descansar un poco. ¿Lo cazaste al fin, Alvin?

Los esfuerzos de Gracie para que la conversación no produ-



jese una disputa entre sus dos pretendientes resultaron fallidos. Momentos después, Zeb y Alvin casi andaban a la greña al discutir los méritos de unos violinistas. Gracie la atajó con energía, comentando:

—Tío Lige decía ayer que parece que la cosecha de maíz este año será muy buena. ¿Qué tal van tus maizales, Alvin?

—Esperamos recoger unas veinte fanegas por acre.

Zeb emitió un gruñido de desprecio y se vanaglorió:

—Nosotros recogeremos sesenta.

—Pero la diferencia entre labrar las tierras altas y las bajas es enorme—dijo Gracie, saliendo en defensa de Alvin.

—Desde luego que sí—afirmó Zeb con un retintín de desprecio.

—Ya supongo que tú sabrás...—comenzó a explicar Alvin.

Pero Zeb no le permitió continuar. No estaba dispuesto a que Alvin le desbancase. Zeb era rico y su rival un perdulario.

—No sé cómo puedes sacar más de cinco fanegas de aquella tierra tuya—declaró Zeb, con un acento que indicaba que Alvin estaba mintiendo.

La paciencia de Alvin era tan corta como grande su susceptibilidad. Cerró el puño y se inclinó hacia Zeb comenzando a decir amenazador:

—Escucha, Zeb Andrew...—se interrumpió al acordarse de Gracie, a quien suplicó cortésmente—: Mira, Gracie... ¿Quieres hacer el favor de traerme un vaso de agua?

—¿No prefieres sidra?—ofreció la muchacha, poniéndose rápidamente en pie.

Alvin aceptó la sidra; pero, en cuanto hubo desaparecido Gracie, su puño se cerró en la solapa de la chaqueta de Zeb y lo arrastró a alguna distancia de la casa... Cuando regresó Gracie, vió sorprendida que Zeb se había marchado y que Alvin la esperaba con aspecto de gato satisfecho.

—¿Dónde está Zeb?—preguntó Gracie.

—Me parece que se ha ido—le contestó pausadamente Alvin.

—Pero ¿volverá?

—No volverá.

—Lo encuentro muy raro, en verdad—dijo Gracie con suspicacia.

—Puede.

De repente, Gracie descubrió la verdad. Había descubierto en la lejanía a Zeb, que hula dando tumbos.

—Alvin, tú... os habéis peleado.

—No mucho—protestó Alvin, confuso.

—¡Alvin York!—gritó indignada Gracie—. Yo... No eres bien educado ni en presencia de una señorita.

—A él no se le había perdido nada por aquí—rezongó Alvin.

—Se le había perdido tanto como a ti.

—No es cierto—exclamó Alvin.

—¿Por qué no es cierto?—le desafió Gracie.

—No lo es, porque... porque... —Alvin se hallaba entre la espada y la pared—. Pues porque me voy a casar contigo.

Esta declaración de amor tan súbita hizo que Gracie retrocediera unos pasos, mientras Alvin trataba de acercarse a ella.

—¡No, no, no!...—chilló Gracie—. Alvin, no sigas. Ni siquiera hables de una cosa así. No intentes repetirla ante mí.

Gracie creía que Alvin se burlaba de ella. Desde niña había esperado aquellas palabras y, en aquel instante, ni podía, ni quería dar crédito a sus oídos. La realidad le asustaba, más aún que el gesto hosco de Alvin, a quien no auxiliaba mucho su mala fama.

—Pues lo haré—afirmó Alvin con obstinación.

—Eso no es ver... ¡Ah! Lo harás, ¿eh?—preguntó Gracie, recobrando su sangre fría y, con ella, su instinto femenino, que la inducía a jugar con el hombre ansiado, para asegurarse su posesión.

—¡Claro!

—Pero, sí... Bien podías haberme hablado de ello—protestó Gracie.

—Es lo que estoy haciendo.

—Pero si yo jamás te...—se calló a punto y agregó con calor:— Escucha; no te aceptaría ni como regalo de Navidad, Alvin York. ¡Bonito marido resultarías!



—No creo que Zeb resultara mejor que yo?

—¿Quién puede decirlo?—se burló ella, ya dueña de sí—Tal vez lo fuera.

Alvin, súbitamente, comprendió o creyó comprender la razón de la conducta de Gracie. Frunció el ceño y dijo con sequedad:

—Zeb tiene buenas parcelas en el valle. Es eso, ¿no?

—¿Tú crees que de eso se trata?—exclamó, furiosa, Gracie—. Todos dicen que sólo sirves para pelearte y armar ruido, y pienso que les sobra razón.

—Si yo tuviese una buena parcela en el valle, todo sería diferente, ¿no?—insistió Alvin, obsesionado por tal idea.

—¡Una parcela buena en el valle!—repitió Gracie, incrédulamente.

—Pues conseguiré una.

—Me tiene sin cuidado que la consigas—dijo Gracie, dándole la espalda.

Alvin, cogiéndola por los hombros, la obligó a mirarle de cara.

—Yo puedo lograr lo que quiero en cuanto me propongo hacerlo.

—Tienes demasiada confianza en tu persona, ¿no crees?—le desafió Gracie, zafándose de sus manos.

Pero Alvin, en lugar de arredrarse ante su tono de mofa, replicó serenamente:

—Sí, la tengo.

Después dió una zancada, saltó la cerca de la casa y se hundió en la noche, mientras Gracie no hacía nada por detenerle, inmovilizada por la tristeza, el temor a perderlo, el amor y el orgullo.

De regreso a su casa, Alvin se detuvo en uno de los sembrados del valle y cogió un puñado de tierra húmeda, grasa y fértil. La apretó con anhelo. Una vez en su cabaña, sin saludar a su madre, que le estaba aguardando, colocó el puñado de tierra en un platillo, se sentó a la mesa, lo contempló y, luego, lo empujó hacia su madre.

—Es tierra del fondo del valle, ¿no es eso, hijo?—dijo madre York, estudiándola y comprendiendo que algo le había ocurrido

a Alvin—. Es curioso cómo las gentes que viven allá abajo nos miran a los que vivimos aquí arriba. Bueno, fué siempre así y no cambiará.

—Pues yo espero que cambie — contestó Alvin con acento resuelto—. Pienso hacerme con un trozo de tierra en el valle.

Madre York le echó una rápida mirada y le anunció:

—Tu padre trató una vez de lograr un pedazo de buena tierra allá abajo. Ningún hombre se esforzó tanto nunca. Hizo lo que pudo por conseguirlo. Pasó mucho tiempo antes de que se diera por vencido, pero, al fin, tuvo que dejarlo.

Alvin meneó la cabeza con testarudez y respondió tranquilamente:

—Yo no quiero considerarme como un hombre mejor que mi padre. No valgo la mitad que él, pero me han dicho que una parcela del valle puede conseguirse y voy a conseguirla.

Hubo una pausa. Madre York levantó los ojos y dijo:

—Bien, puede que lo logres.

Y, por primera vez desde hacía muchos años, sonrió.

Firme en su propósito, al día siguiente, Alvin se presentaba a Nate Tomkinz, el prestamista de la aldea y, al propio tiempo, el vendedor de la parcela codiciada por el joven. Este, enterado de las esperanzas de Alvin, en quien no confiaba mucho, ofreció cincuenta dólares por la mula, los seis pollos y las pieles que Alvin, con la intención de vendérselos, había llevado consigo.

La cantidad era irrisoria, sobre todo si se consideraba que Nate exigía ciento veinte dólares por la parcela en oferta. Alvin, en vista de que sus protestas no prosperaban, y decidido a obtener la parcela, costara lo que costara, cerró el trato y firmó un compromiso en el que convenía pagar los ciento veinte dólares en el plazo de sesenta días; en caso de que no lo hiciera, perdería todo el cargamento y el terreno, el primero de los cuales había dejado como señal.

Nate, que como hemos dicho no tenía mucha confianza en las cualidades de Alvin, le preguntó bondadosamente:

—¿No te parecen muchos dólares para que un chico como

tú pueda reunirlos? A dólar y pico diario. Recuerda que sólo dispones de sesenta días.

—Sesenta días y... sesenta noches—le corrigió Alvin.

—¿Qué?—se asombró Nate.

—Del modo que yo lo cuento, incluyendo también las noches, tengo unos cuatro meses para pagarle a usted.

—¡Vaya!... No es mal sistema de calcularlo—le aprobó Nate.

A partir de este momento, Alvin, ayudado a veces por George, emprendió una cruel lucha por la consecución de sus anhelos. Labraba sus tierras y en sus ratos perdidos, incluso de noche, cortaba leña, cazaba, quitaba piedras de los campos, herraba caballos, en fin, hacía mil faenas distintas, gracias a las cuales, despreciando su enorme fatiga, lograba cotidianamente aumentar sus ahorros.

Cuando entraba en su cabaña a altas horas de la noche, después de tachar otro día y de apuntar en el mismo almanaque lo que había ganado, se dejaba caer derrengado en su pobre cama. Su madre, que le observaba, no muy convencida de su cambio, hubo de confesarse que su transformación era real y pedía fervientemente a Dios que auxiliase a Alvin.

Dos hechos contribuyeron a que Alvin no perdiera la fe en sí mismo y que no diera su brazo a torcer. El primero de ellos ocurrió un atardecer en que Alvin estaba arando las tierras de un vecino. Se secaba la frente, perlada por el sudor, cuando una ágil figurilla se le acercó corriendo. Alvin se quedó boquiabierto al reconocer a Gracie.

—Pero Gracie, yo...—balbuceó cuando la joven estuvo a su lado—, yo pensé que estarías en el baile.

—No; no he ido al baile—le contestó Gracie, mirándole de una manera extraña.

—No; no, ¡claro!... Estás aquí.

—Alvin, yo... Alvin, es que..., es que no sé...

—¿Qué?—exclamó Alvin, consternado de la honda emoción de la joven.

Y antes de que pudiera darse cuenta, ella se había arrojado a sus brazos, le había besado y se alejaba corriendo por el campo.

Cuando Alvin se recobró de su maravilla, al recordar el dulce contacto de los labios de Gracie y, sobre todo, al pensar que ésta le amaba, se sintió con las fuerzas de un titán.

El segundo hecho aconteció un día en que Alvin y George estaban limpiando de piedras una parcela. Una peña enorme les hacía perder un tiempo precioso. Finalmente, una vez consiguieron introducir bajo ella el palo que les servía de palanca, Alvin lo partió sin mover la roca. Desesperado dejó caer los brazos y se lamentó:

—Es inútil, George. No puedo yo solo.

George adivinó que se refería, más que a la piedra, a su empeño de comprar la parcela.

—Sí que lo harás—le animó el muchacho.

—¡Te digo que no se puede!—gritó exasperado Alvin.

Y el eco, como una voz mágica, profética, repitió:

«Se puede... se puede...»

La fatiga volvía supersticioso a Alvin y aquello se le antojó un aviso. Gritó con fuerza:

—Pero si mañana se cumple el plazo.

«Cumple el plazo... cumple el plazo»—le aconsejó el eco.

—Y sin dinero suficiente, ¿quién paga la tierra?

«Paga la tierra... paga la tierra...»

Y siempre que hacía una pregunta al eco, éste le respondía como dándole ánimos, como recomendándole que no dejara...

No obstante, al llegar el término del plazo, Alvin no tenía la cantidad requerida por Nate Tomkins. Al solicitar que le diera una dilación hasta el sábado, Nate le preguntó extrañado:

—¿Y qué seguridad tengo yo que lo consigas hasta el sábado?

—Verá: el sábado hay un concurso de tiro al blanco y el premio es un novillo. Yo espero hacer las cinco dianas, ganar el novillo y, luego, venderlo para darle el dinero.

—Hace falta mucha puntería, Alvin—le objetó Nate.

—Pero yo la tengo.

—Yo quisiera hacerte ese favor, Alvin; pero hay otro mozo que también desea esa tierra.

—¿Y se la va a vender?—preguntó Alvin con ansiedad.



—No lo sé. Esta mañana dije que tu opción terminaba el lunes y que...

—Pero yo... yo—suplicó Alvin—necesito que me dé usted esos días, señor Tomkins... ¡Crea que lo necesito!

—Bien; no debería hacerlo, pero sospecho que le haré esperar hasta el sábado.

- Con un suspiro de agradecimiento y un fuerte apretón de manos, Alvin se alejó a grandes zancadas.

El sábado del concurso de tiro los habitantes del valle, sin excepción de edades ni sexo, estaban congregados en una explanada contemplando las hazañas de los tiradores. Alvin consiguió todos los premios, incluso matar al pavo, que era uno de los blancos más difíciles. Alvin se había propuesto ganarlo, porque lo necesitaba para pagar su derecho de intervenir en el concurso del novillo, y le descerrajó un soberbio tiro en la cabeza, a pesar de que ésta, a causa de la distancia y de la movilidad del ave, resultaba bastante difícil de apuntar.

Madre York y los hermanos de Alvin se sintieron orgullosos de su puntería, pensando de paso en lo succulento que estaría el pavo asado. Pero Alvin tenía otra intención.

Finalmente, en medio de un silencio religioso, Lem dió la orden de arreglar los blancos para el premio del novillo y luego explicó a los concursantes:

—Las reglas serán las mismas de siempre. Pagaréis a dólar por bala. Los dos mejores tiradores se llevarán los cuartos traseros; los dos que sigan, los cuartos delanteros. El quinto obtendrá la piel y la cabeza. El sexto tendrá que sacar el plomo del árbol. ¿De acuerdo?... Pagad el dólar y sacad un número.

Todos pagaron dicha cantidad y cogieron la bala y un número. El pastor Pile, que hacía de juez de tiro, apuntaba los nombres en un papel. Alvin, con el pavo en la mano, se acercó a Lem y le dijo:

—¿Cuánto me das por este pajarraco?

—No puedo darte más de lo que vale un tiro, chico.

—Convenido, y dame cuatro más—aceptó Alvin, entregándole el pavo y cuatro billetes de a dólar.

La decisión de Alvin produjo un alboroto. Todos se rieron de él y le embromaron, asegurándole que también tiraban ellos. Cuando le fué posible hablar, Alvin anunció tranquilamente:

—Cuando lo rife, tendréis la oportunidad de haceros con él. Necesito dinero sin falta y voy a conseguirlo.

—Nadie ha vuelto a hacer cinco dianas seguidas desde que murió Buffalo Bill — se rió Zeke —, y tú no tienes sus ojos de lince.

—Quizá tenga otros mejores—respondió Alvin sin inmutarse.

En apariencia, la razón asistía a Zeke. El blanco no consistía en el pequeño cartón clavado en un árbol —uno para cada tiro de cada concursante—, sino en un alambre de hierro casi imperceptible clavado en un ángulo coloreado.

Los tiradores que no se desanimaron hicieron fuego. Cuando le llegó el turno a Alvin, humedeció su punto de mira; apuntó y apretó el gatillo... ¡Diana!

Minutos más tarde, sólo quedaban dos concursantes: Alvin con cuatro dianas en su favor, y Tom, sin ninguna, pero dispuesto a hacerla. Tom disparó en primer lugar y su bala pareció hundirse en la diana. Al hacer fuego Alvin, el blanco pareció no haber sufrido ninguna alteración.

El pastor Pile estudió el blanco de cada uno y anunció que el proyectil de Tom, había rozado el alambre y que el de Alvin había dado en el centro... Todos lanzaron aullidos de felicitación para el poseedor de aquella magnífica puntería, no vista en aquellos parajes desde muchos años atrás.

Alvin, sin perder la cabeza, miró a su madre, cuyos ojos estaban húmedos de lágrimas de alegría, y anunció que iba a proceder a la rifa del novillo. Quien deseara tomar parte en ella, había de pagar un dólar por número.

Mientras los dólares llovían en el sombrero de Alvin, Nate Tomkins y Zeb Andrews llegaron al campo de tiro. Nate, al enterarse de que el alboroto se debía a la victoria de Alvin, palideció y balbució:

—¿Alvin ganó el buey de Lem entero?



## LA MANO DE DIOS

La palidez del prestamista aumentó al notar que Alvin avanzaba hacia él, con su sombrero rebosante de dólares. Tanto Zeb como Nate miraron en torno suyo. La gente formaba una barrera detrás de ellos. Movieron inquietos los pies contra el suelo.

—¡Hola, señor Tomkins!—saludó Alvin—. Iba a verle a su casa. Aquí tiene, amigo, los veintisiete dólares y el resto lo tengo en el bolsillo.

Nate se mordió los labios, mientras Zeb se parapetaba detrás de él. Por los ojos de Alvin pasó un relámpago de extrañeza. Al fin, Nate se decidió a decir:

—Pues lo siento mucho, Alvin; pero he vendido a Zeb hace un rato esa parcela.

Alvin se quedó lívido y sus manos estrujaron el sombrero que sostenían. Su madre y Gracie lanzaron una exclamación de desconsuelo. Recobrado de su aturdimiento, pero aun atónito, Alvin murmuró:

—No irá a decirme que...

Nate se envalentonó al verse rodeado de tantas personas. En lugar de excusarse, repuso con innecesaria dureza:

—Y no vengas con reclamaciones, Alvin. Nunca pensé que

consiguieras ese dinero. Y además tu plazo terminó el jueves pasado.

—Pero usted me cedió más días para...

—No lo hice por escrito.

—Pero sí me dió su palabra.

—Zeb me pagó al contado.

Alvin se recobró de su asombro y dió rienda suelta a su ira. Su fatiga, sus preocupaciones y sus ilusiones perdidas se le presentaron tumultuosamente. Extendió sus largos brazos. Nate saltó hacia atrás, esquivándolos; mas las manos de Alvin se cerraron como un cepo en torno del cuello de Zeb, causante voluntario de su fracaso.

—Oye, granuja...—gritó, zarandeándole—. Te vas a ganar la zurra más grande que has recibido en tu vida.

Los campesinos se arremolinaron alrededor de Alvin y de su víctima y entre todos consiguieron aflojar las manos del iracundo joven. Este arrastraba a los que le contenían, sordo a sus consejos de que se tranquilizase, aunque comprendiendo la razón que le asistía para pegar una paliza a ambos.

En cuanto se vió libre, Zeb puso los pies en polvorosa y lo mismo hizo Nate. En los ojos de Alvin se leía el ansia de matar. Le sujetaron hasta que los dos rufianes estuvieron lejos. Entonces, el pastor se aproximó al joven y le aconsejó suavemente:

—Déjalos, Alvin. Nada resolverías armando camorra.

—Estaba...—murmuró frenético Alvin—, estaba a punto de ser mio ese terreno.

—Pues ten paciencia y piensa, Alvin, que no siempre son claros los designios de la Providencia.

Alvin le dió la espalda bruscamente y sin mirar a nadie comenzó a andar hacia el sitio en que estaba trabada su mula. Al pasar, arrancó el rifle de las manos de George, así como su americana, en uno de cuyos bolsillos embutió todo el dinero conseguido por la rifa del buey. Gracie corrió tras él y le agarró de un brazo.

—Alvin, no te enfades; no tiene importancia.

—La tiene para mí—contestóla, soltándose de un tirón.

Gracie regresó junto a madre York, que no había hecho nada para dominar la cólera de Alvin, quien poco después trotaba en dirección a Kentucky, escoltado por sus inseparables Buck e Ike.

Al cerrar la noche, estalló una tormenta sobre la comarca. Mientras los truenos conmovían la tierra y los rayos se hincaban en el suelo o en los grandes árboles, Alvin y sus dos amigos bebían en la taberna de Marter.

El desengaño sufrido obsesionaba a Alvin. Buck e Ike, mientras se divertían, le vigilaban, temiendo que cometiese una locura. Alvin bebía copa tras copa, con la vista fija en la mesa, pensando en la traición de Nate y de Zeb, sin hacer caso de los esfuerzos de Ike para distraerlo. Buck estaba bailando en el centro de la sala con una mujer obesa, que se había ganado la admiración de Ike.

Buck se unió con sus amigos para descansar, pidiendo una nueva botella. Alvin se echó al colete casi la mitad de la misma y murmuró por centésima vez:

—Esa tierra era mía...

Ike hizo una seña a Buck y meneó la cabeza como prueba de su impotencia para distraer a Alvin. De pronto se pusieron tensos al pronunciar Alvin las siguientes palabras:

—Y no habrá nadie que sea capaz de quitármela.

Ike sirvió una nueva ronda y se inclinó hacia Alvin, asegurándole:

—Nos gustaría tanto que echaras con ella un par de balles.

—Beberé a la salud de Nate Tomkins.

Vació de un trago el vasito y se puso en pie, cogiendo el rifle, sin que sus amigos hicieran nada para impedirlo. Tenía que ocurrir lo inevitable. Ellos habían intentado cuanto estaba de su mano. Pero hicieron una última prueba.

—Alvin, te vas a mojar; quédate aquí—le aconsejó Buck.

—No, dejadme.

—Entonces íremos contigo—afirmó Ike.

—Lo que tengo que hacer es personal—dijo Alvin. Y cerró con un tremendo golpe la puerta.

Cuando estuvieron solos, Ike comentó:

—Vaya noche que ha ido a escoger para cargarse a un tío.

—Ya no hay quien lo pare. Te lo digo yo — le respondió Buck, convencido.

Alvin dirigía con gran dificultad a su mula a través de los senderos de la montaña. Llovía torrencialmente y los relámpagos se sucedían sin interrupción. No obstante, dominado por la furia homicida, seguía su camino, mascullando maldiciones y apretando con cagño la culata del rifle que no tardaría en usar.

De repente, una luz cegadora se proyectó sobre él y le desmontó, enviándole al suelo. Cuando recobró el sentido, le dolía intensamente la mano que empuñara el rifle. Buscó éste; estaba a unos pasos de distancia de él, chamuscado por la exhalación. Su mula pateaba a algunos metros de distancia, ilesa al parecer. Inmediatamente se hizo en su cerebro una luz mucho más viva que la de la exhalación que casi le había matado. Si no había muerto... ¡Aquello era un milagro, un aviso de Dios para que desistiera de sus odios y entrara en la vida honrada!

Se incorporó vacilante, agradeciendo la advertencia de la Divinidad, y ayudó a la mula a levantarse. La mano le dolía horriblemente, pero no le importaba: en su interior había nacido un nuevo hombre y esta verdad, que sentía hondamente en sí mismo, le hacía olvidar todo que no fuera su limpia ansia de cambio.

Inconscientemente, se dirigió a la iglesia protestante, se bajó el cuello de la americana y entró en el edificio sin titubeos. Muchos sonrieron al verle, pero él no se dio cuenta. Avanzaba, como atraído por un imán, hacia el pastor Pile, quien, deduciendo de la palidez de Alvin que algo grave había sucedido, ordenó a sus fieles que cantasen el himno del Hijo Pródigo.

Alvin, una vez decidido a cambiar de vida, como no era capaz de hacer nada a medias, llegóse a la mañana siguiente a la casa de Nate. Encontró a éste en el momento en que iba a montar la rueda de un carro. Nate lanzó una exclamación de miedo y enarboló la gran llave inglesa que estaba empleando. Pero Alvin levantó una mano y le afirmó:

—No necesita enfadarse, señor Tomkins. No quiero pelear con usted.



—¿Qué vienes a hacer entonces?

—Pues a hablar con usted sobre «Abizam».

—Esa mula es del todo mía. No tienes derecho a reclamar nada.

—Verá: es que pensaba comprar a «Abizam» otra vez. Mi mula está enferma. Le pasó una cosa malísima. Y yo necesito una mula.

Nate se atusó la barba y bajó la llave inglesa. Algo le había sucedido a Alvin, era evidente. Al hablar, la voz de Nate sonó menos áspera:

—¿Nada de rencores?

—Pues claro que no, señor Tomkins. —Alvi pareció dudar y añadió—: Hay, además, otra cosa. Le pido que me perdone por haberme portado con usted del modo que lo hice. Era Satanás que hablaba dentro de mí.

—Zeke me habló de ello, pero yo... yo no podía creerlo...

—¿Sobre qué?—quiso saber Alvin.

—Sobre tu conversión. Me alegro. Enhorabuena...

Los hombres se estrecharon la mano y Nate quiso celebrar el ingreso de Alvin en la comunidad religiosa, vendiéndole la mula a un precio inverosímilmente barato.

Zeb recibió también un susto tremendo al aparecer Alvin en el lugar en que estaba trabajando. Fue necesario que el converso le asegurara varias veces que llegaba en son de paz, para que Zeb recobrará el dominio de sí mismo y concediera su perdón a su visitante. Logrado éste, Alvin se retiró al segundo asunto que le llevaba allí.

—Nate piensa que estando tú aquí, tan ocupado, es posible que te falten peones para aquella parcela. Vengo a rogarte que me des ese trabajo.

Zeb se quedó como viendo visiones y repitió aturdido:

—¿Te refieres a que piensas trabajar para mí? —y al afirmarlo Alvin, agregó—: Pues chico, eso sí que me sorprende de veras. Yo compré aquella tierra tan sólo por fastidiarte.

—¡Bueno!... ¡No toda la culpa fué tuya!—exclamó Alvin. Zeb meditó un momento; al levantar la cabeza, sonreía.

—Podríamos convenir un arriendo—empezó a decir—, como si la llevásemos a medias. Así trabajarías para ti también.

Alvin se ruborizó de placer, pero contestó con un rastro de su antiguo orgullo:

—Yo no deseo que me hagas concesiones, Zeb.

—Si cultivas esa parcela como labras esas pedrizas de allá arriba—prosiguió Zeb como si no le hubiera oído—, no me extrañaría que fuera tuya dentro de un par de años...

El corazón de Alvin dio un brinco y se marchó como si estuviera soñando que le ocurría todo aquello. Después de trabajar en la parcela de Zeb, al anochecer subió a visitar a Gracie, dispuesto a llevar a cabo el último y más costoso de sus sacrificios. Una vez estuvo junto a la muchacha, empezó alabando las cosas de Zeb, hasta que Gracie le interrumpió:

—Pero siéntate, Alvin.

Alvin se sentó a bastante distancia de ella y se miró apurado las manos. Luego siguió tratando de Zeb.

—Lo que hice con él la noche que vino a verte no estuvo bien. El demonio debía estar empujándome.

—Estaba tan oscuro, que yo no lo noté—dijo Gracie.

Alvin lanzó un suspiro, tragó saliva y prosiguió apurado:

—No tenía derecho a interponerme entre tú y él...

—¿Qué insinúas con eso, Alvin York?—le interrumpió Gracie, perpleja.

—Solo pretendía convencerte de que un hombre tan bueno como Zeb Andrews sería un gran marido para cualquier chica... y que, si no has cambiado de opinión respecto a Zeb, pues yo creo que...

La lengua se le hizo un nudo y no se atrevía a mirar a Gracie. Esta estaba sulfurada, pero, aunque adivinaba adónde dirigía Alvin sus tiros, le preguntó desafiadora:

—¿Qué? ¡Dímelo!

—Que me haría cargo de las cosas.

Gracie se puso en pie de un salto y se le acercó con las manos crispadas como si le fuese a arañar. La pasión hacía temblar su cuerpo, mientras hablaba precipitadamente, asustando a Alvin:



—Conque te harías cargo, ¿eh?... Escucha esto, Alvin York. Si hubiera querido a Zeb Andrews por marido, lo hubiera tenido sin necesidad de actos tan nobles. El beso te lo di a ti. Y yo no doy besos más que al hombre con quien pienso casarme. Y ahora presta mucha atención. ¿Voy a casarme con un trozo de terreno, con un ternero o con un campo de maíz?... ¡No! Es contigo con quien lo haré y con nadie más en este mundo. ¿Has entendido bien?... Pues no vuelvas a decirme lo que me has dicho, Alvin York. ¡No se te ocurra!

Alvin había escuchado la impetuosa declaración con el alma en un hilo. Jamás hubiera supuesto que Gracie poseyera tanto ardor. Sabía defender lo suyo. Y cuando ella se echó a llorar y él se cayó, a causa de la sorpresa, del banco, se acordó de la bondad de Nate y de Zeb y se maravilló del amor de Gracie...

—El Señor, desde luego, actúa en forma harto misteriosa —murmuró, incorporándose y acudiendo a tranquilizar a su novia.

## LA GUERRA

Alvin estaba dando clase en la escuela un sábado, cuando se enteraron los habitantes del valle de que el presidente de los Estados Unidos había declarado la guerra a Alemania.

Al lunes siguiente, la abacería estaba llena de hombres y muchachos que acudían a alistarse entusiasmados. Incluso el viejo Zeke deploraba no tener edad suficiente para incorporarse a filas. El Destino había dispuesto que naciera entre dos guerras...

—Oí a mi padre hablar de sus combates contra los yanquis y a mi abuelo que luchó en la Revolución—se lamentaba—. ¡Ah, cuánto me gustaría ser joven!

—Pues animate, Zeke—le aconsejó Ike, que se estaba alistando—. Tú las cargas y yo las disparo.

Todos rieron la salida de Ike en el preciso momento en que Alvin entraba en la tienda. Los campesinos le saludaron y Lem, que daba por descontada la incorporación de Alvin, dado su carácter pendenciero, le abordó preguntándole:

—Oye, Alvin, ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Te incorporarás ahora o esperas a que te recluten?

—Desde luego, voy a esperar—fué la asombrosa contestación del joven.



Alvin comprendió que  
había sido perdonado.



Alvin entregó su cha-  
queta a George, se acercó  
al jugador.



Nate lanzó una exclamación de miedo y enarboló la gran llave inglesa.



Habiéndose librado del jugador y demolido a los demás combatientes...



Alvin estaba dando clase en la escuela.



En esto se le acercó el pastor Pile.





Lem, que daba por descontada la incorporación de Alvin...



Gracie se puso en pie de un salto.



En la Caja de Reclutas  
les leían la denegación de  
la instancia



Ni su madre ni sus her-  
manos dijeron nada



Gracie dio un brinco ha-  
cia el teléfono.



Se arrojó llorando a los  
brazos de Alvin.



—Señor Hull, quiero irme a casa. ¿Cuándo podré hacerlo?



Alvin viose galardonado tres veces con las más altas condecoraciones.





El pastor conducía con escasa pericia y se metía en todas las baches.



—Son ustedes... muy amables conmigo, caballeros.



El pastor le recibió en un rincón apartado de la tienda. Su rostro denotaba una intensa preocupación, Alvin se fijó en ello, pero pidió una lata de petróleo sin hacer comentarios. El pastor, mientras le servía, le dijo en voz baja:

—Me alegra que hayas venido, Alvin. Iba a mandar llamarte.

—¿De veras?—exclamó Alvin, esperando que el pastor continuara.

—Todavía no te has inscrito, ¿verdad, Alvin?

—Pues claro que no—aseguró Alvin, tocando unos saquitos—. ¿Esta es la nueva simiente que usted nos iba a traer?

El pastor pareció no haberle oído, pues dijo con acento nervioso:

—Es martes, Alvin. Sólo te queda hasta las seis.

—He decidido no hacerlo—le replicó el joven.

—Tienes que inscribirte—exclamó, asustado, el pastor—. Sí, Alvin.

—No; no lo haré. Ni iré tampoco a la guerra. Matan en la guerra y el Libro es contrario a eso. Luego la guerra es contraria al Libro, ¿no?

—Tienes mucha razón, Alvin. Y un gran sentido de la religión. No como tantos que... Pero tú has de...

—Es la religión que usted se dignó a enseñarme—le advirtió Alvin sin inmutarse.

—Sí, ya lo sé. Y detesto hablarte de ello. Pero no me gustaría verte en un lío. Es obligatoria y no hay quien la eluda o la evite.

—¿Pueden obligarle a ir a la guerra aun siendo opuesto a sus sentimientos?—quiso saber Alvin, con alguna impaciencia.

—No, no, no. No te obligan a una cosa así. Te explicaré cómo es. Ven aquí...

Le enseñó un decreto del Gobierno, según el cual los individuos de determinadas creencias religiosas podían pedir la exención del servicio militar. El pastor se encargaba de redactar la instancia de Alvin pidiendo la exclusión, pero éste estaba obligado a incorporarse. Y Alvin se alistó con la esperanza de no verse obligado a hacer algo contrario a su fe.

Días más tarde, en la Caja de Reclutas les leían la denegación de la instancia. Sólo les quedaba un camino: el de pedir la exención a la Caja de Reclutas General en Washington. Y Pile aconsejó a Alvin que lo hiciese.

Una mañana, mientras esperaban la respuesta a la instancia, Gracie y Alvin llegaban al borde de un riachuelo, al otro lado del cual estaba la magnífica parcela que un día había de ser suya. El puente que cruzaba la pequeña corriente de agua casi era pura ruina, y Alvin aseguró a su prometida que sería lo primero que arreglaría.

El aspecto del lugar hizo que Gracie proferiese un grito de admiración. Era llano y extenso, y estaba dotado de grandes árboles, que lo enmarcaban regiamente. Alvin saboreó la belleza del panorama y la emoción de Gracie, tras lo cual comenzó a indicar el emplazamiento de su futuro hogar y la disposición de las habitaciones del mismo, trazando un tosco dibujo en la tierra.

—Edificaremos la casa junto a aquel árbol. La habitación mayor dará a la fachada y será una cosa así —dijo, describiendo una amplia curva con la ayuda de un palito—, con tres grandes ventanas. La cocina estará aquí y también será grande y hermosa. Tendremos una estufa...

—¿Dónde?—preguntó Gracie, arrodillándose a su vera.

—Pues, ¿te parece aquí? Y te pondré un buen fregadero y una buena bomba para que no tengas que traer el agua desde la fuente.

—Una bomba, Alvin?—repitió Gracie, como dando a entender que la fantasía de su novio le parecía exagerada.

—Claro—respondió Alvin, muy seguro de sí mismo.

—Questan mucho dinero las bombas.

Alvin hizo un ademán de indiferencia, que lo borraba todo.

—Habrà cortinas en las ventanas y alfombras en el suelo. Y será antes de lo que tú crees, si el Señor sigue derramando bendiciones sobre mí. No tardaré más de dos o tres años.

Ambos se levantaron del suelo y contemplaron arrobados la parcela. Un leve suspiro hinchó el pecho de Gracie, mientras decía:

—¡Qué cosa! Dentro de dos o tres años una casa se levantará donde miro ahora. ¡Y será para nosotros!

Antes de que Alvin pudiera seguir dando suelta a su fantasía, una voz le llamó desde el puente. Era George, que se acercó corriendo a ellos.

—El pastor Pile desea verte, Alvin—le anunció el muchacho.

—Pero es que Gracie y yo estamos muy ocupados. Dile que pasaré por la tienda cuando vaya a casa.

—Tiene que hablarte sin pérdida de tiempo. Y será mejor que vengas conmigo.

—Bueno, dile que voy ahora—se resignó Alvin.

Mientras George desaparecía de su vista, Gracie se encaró con su novio y exclamó contrariada:

—¡Qué lata! Ahora que nos divertíamos tanto... ¿Volverás a contármelo otra vez?

—Tenlo por seguro —contestó Alvin, pasando el brazo por la cintura de ella.

Cuando entró en la abacería, el rostro del pastor indicaba que tenía malas noticias que comunicarle. En efecto, era así: su instancia de excepción había sido denegada y había de incorporarse en el término de cuarenta y ocho horas. Aunque la noticia fué dada con delicadeza, Alvin no pudo contener su ira. No sólo tendría que desobedecer los dictados de sus creencias religiosas, sino que, por el capricho de unos hombres, habría de alejarse de su querido valle y de posponer, en el mejor de los casos, sus proyectos de boda hasta una fecha indeterminada.

No lo haría, no. Se escondería en el bosque, en la montaña y, si le perseguían, sus verdugos lo pagarían caro... De repente, sus ojos se encontraron con la mirada bondadosa y comprensiva de Pile y se sintió avergonzado. Enmudeció y, tras una pausa, murmuró:

—Lo siento, pastor. Yo... fueron palabras pecadoras. No pensé en lo que estaba diciendo. Iré.

Pile le puso una mano en el hombro y le acompañó hacia la salida, consolándole:

—La guerra está muy lejos, al otro lado del océano, Alvin. Antes de que llegues, tal vez sucedan grandes cosas. Pon tu confianza en el Señor y El cuidará de ti.

—¡Yo no olvido al Señor! ¡Y no volveré a olvidarlo jamás!

Estrechó la mano que le tendía su buen amigo y se dirigió a su casa. Ni su madre ni sus hermanos dijeron nada, mientras observaban cómo arreglaba un hatillo de ropa. George salió en busca de la mula. Poco después, Alvin se volvía hacia su madre y Rosie. Las palabras salían con dificultad de sus labios. Ni él ni sus oyentes estaban habituados a demostrar el hondo cariño que les unía.

—Bien... Creo que con esto bastará hasta que me den ropa miñtar... Tiene buena cara el maíz en el campo del Sur. Tal vez haga falta escardarlo un poco más.

Madre York inclinó silenciosamente la cabeza y sus ojos acariciaron al hijo que partía. Rosie a duras penas contenía las lágrimas; no lloraba para no disgustar a Alvin. George regresó.

—La mula está ahí ya. Y el camino es largo.

—Bueno... Tú deberás cuidar de todo en mi ausencia, George.

—Lo haré, Alvin—le prometió el muchacho.

—Y te hará falta un arma de largo alcance. Quédate con mi rifle.

—¡Ah, muchas gracias!—exclamó George, encantado.

—Bien, me voy.

Avanzó hacia la puerta; escoltado por su madre y Rosie. En el umbral le sorprendió la llegada de Gracie, que deseaba verle otra vez. Se arrojó llorando a los brazos de Alvin y gimió:

—¡No, no! ¡No me mires, por favor! No quiero que me recuerdes de esta manera. Cierra los ojos, ten la bondad.

Alvin obedeció, empujó Gracie sobre la punta de los pies y le dio un beso apasionado, huyendo de la cabaña, seguida por la voz de Alvin, que prometía:

—No temas, que volveré.

Y las mismas palabras repitió a su madre y a su hermana.



cuando, montado en la mula con George, comenzó a bajar por la pendiente. Madre York tenía los ojos secos, a pesar de que se marchaba su hijo, del que tan orgullosa estaba. Rosie, menos dueña de sí, derramó unas lágrimas y preguntó suspirando:

—Madre, ¿por qué tienen que ir a luchar?

—En realidad, no lo sé, hija... En realidad, no lo sé.

## LA DECISION DE ALVIN

En el campo de instrucción, las cosas no le fueron fáciles en un principio a York. Y ello se debió al hecho siguiente:

Un día en el que su compañía estaba realizando ejercicios de trincheras, que cavaban vigorosamente, animados por los sargentos Parsons y Early, el capitán Donfort llamó a los suboficiales.

—¿Cuál de sus hombres es York?—les preguntó, cuando se hubieron reunido con él.

—Aquel tipo larguirucho que está al final de la trinchera —informó Parsons.

—¿Hubo con él alguna dificultad?—inquirió Donfort.

—No, señor. ¿Por qué?

—Pidió la exención antes de entrar en filas. No le pierda de vista. Infórmele semanalmente.

En cuanto el capitán se hubo alejado, Early, que ponía el valor sobre todas las cosas, hizo una mueca de disgusto y exclamó:

—¡Si que nos ha caído un ejemplar!

Finalmente, los reclutas salieron de las trincheras y se dirigieron a sus respectivas compañías para prepararse para la comida. Mientras se arreglaban o descansaban en sus camastros, un individuo corpulento, que dormía junto a Alvin y que se señalaba

por estar protestando, humorísticamente, sin descanso, gruñó, sacándose el sudor:

—He trabajado en el «metro» toda mi vida y jamás pensé en los que abrieron el túnel. Pero, desde que estoy en el Ejército, creedme que los admiro.

Los soldados cercanos se rieron, con la sola excepción de Alvin, que preguntó:

—¿Qué «metro» es ése del que estás hablando?

El hombre corpulento, al que había amoscado la ingenua pregunta, se tranquilizó al asegurar uno de sus camaradas que era muy posible que en el pueblo de Alvin no tuvieran «metro».

—¿Que no lo tienen? —exclamó el individuo corpulento—. ¿No están civilizados?... ¿Cuál es tu pueblo?

Alvin le dio los detalles necesarios; el individuo corpulento se calmó y empezó a explicar al maravillado campesino lo que era un «metro». Alvin sintió que la cabeza se le iba y el soldado que había salido en su defensa, al que sus compañeros llamaban Bert, comprendió su consternación y le dijo:

—Tienen que poner esos trenes en Nueva York, porque hay demasiada gente.

—¿Gente? —repitió entusiasmado el hombre corpulento—. Oye, mira, es la una de la tarde. Mi especial del Bronx acaba de entrar. Yo estoy en el andén empujando hacia atrás a la muchedumbre. Las puertas se abren y... ¿Entiendes lo que te digo?

La cara perpleja de Alvin justificaba la pregunta. El joven respondió con sencillez:

—Alguna trase de cuando en cuando.

—Todos acaban el trabajo y quieren ir a sus casas—prosiguió el empleado del «metro»—. Y para ello tienen que entrar en los coches. Entonces empiezan a empujar. Y yo a contenerles hacia atrás. Abreviando: las puertas se abren y ahí, amigo, es donde empieza lo divertido. «Vamos, todos adentro», les grito, no hay sitio, ¿sabes?, pero yo grito: «Vamos, todos adentro». Y empujo, entonces, con todas mis fuerzas. Los prensa como a sardinas en lata. Por esto me llaman «Pisón».

Y pisó al sargento Early, que había asistido a la última parte

de la explicación. Desde aquel día, entre Alvin, «Pisón» y Bert se estableció una firme amistad.

Una semana después entregaron los fusiles a los soldados, operación que vigilaba el sargento Early. Cuando le llegó el turno a «Pisón», recibió éste un rifle y protestó:

—Oiga, éste está lleno de grasa. ¿No tiene uno más limpio?

—Límpielo—le ordenó Early—. Y consévelo así.

Las manos de Alvin temblaron de emoción al recibir su fusil. Renació en él su antigua pasión por las armas. El sargento percibió un brillo en sus ojos, que achacó erróneamente a otros motivos y le preguntó:

—¿Qué le parece, York?

—Es un rifle hermoso, señor.

—Creí que también iba usted a ponerle reparos de conciencia.

—No, señor. Ninguno—le contestó austeramente Alvin.

—Cuidado con matar a nadie con él hasta que llegue a Francia...

Al pasar revista de armas, los sargentos Parsons y Early se llevaron la mayor sorpresa de su vida. «Pisón» enseñó su fusil, muy satisfecho de su brillo, a Early; pero, cuando éste estudió su interior, la recámara estaba obstruida por una sustancia negruzca.

—Está lleno de grasa—dijo, devolviendo el fusil a «Pisón».

Es imposible saberlo todo en la vida. «Pisón» sabía mucho de «metros», pero de nada más, e hizo una pregunta grotesca:

—¿No saldrá así la bala más de prisa?

Early le ordenó que lo limpiase de nuevo y se acercó a Alvin, cosa que había deseado hacer desde que empezara la revista. Pero Parsons se le había adelantado y, si sus ojos no le engañaban, estaba felicitando, muy asombrado, a Alvin.

—Buen trabajo, York—dijo Parsons, entregando el fusil a Early—. ¿Había limpiado antes alguna arma?

—No había limpiado ningún rifle como éste. Pero había limpiado el mío.

Early dejó de estudiar el fusil de Alvin y gruñó, creyendo que el soldado quería tomarles el pelo:



—Tiene un rifle de su propiedad, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Y en qué lo emplea?—se burló Early, alejándose de él.

Pero aquella misma tarde tuvo respuesta a esta pregunta y desde entonces sintió un gran respeto hacia Alvin.

Los reclutas tenían que hacer ejercicios de tiro. El sargento Early les mostró los blancos y les dió las instrucciones preliminares. «Pisón» y Alvin se tumbaron en el suelo y miraron a los blancos distantes.

«Pisón» respiró hondo y apretó el gatillo; el blanco subió y bajó, y una voz anunció que no había hecho blanco. Con una sonrisa sardónica, Early se aproximó a Alvin, entregándole un cartucho y ordenando que subieran el blanco correspondiente. Después, le hizo disparar previamete sin proyectil.

—No estoy muy enterado de estas prácticas, sargento—advirtió Alvin, que extrañaba el peso del arma y la forma distinta de la culata.

Early le indicó el empleo del alza y la posición más adecuada para que la culata encajase con la mandíbula. Pero, al quererle enseñar a apuntar, Alvin dijo con suavidad:

—Sé cómo hay que apuntar.

Esta indicación despertó de nuevo la despreciativa ironía del sargento.

—¡Ah! Sabe cómo se apunta, ¿eh? ¡Pues hágalo!

Alvin obedeció, introdujo el cartucho en la recámara, apuntó e hizo fuego, siguiendo las voces de mando de Early. El blanco subió y bajó. Alvin no había acertado en sus disparos. Contempló asombrado el arma, en tanto que sobre él llovían los sarcasmos de Early.

—Conque sabía lo que era tirar, ¿eh?—rugió, acompañado de las risas de los reclutas.

—Yo hubiera jurado que había pegado en el centro del blanco—balbució Alvin—. No entenderé nunca cómo no he podido darle a un cuadro tan grande.

Esto acabó de sacar al sargento de sus casillas y gritó al ordenanza de tiro:

—El enorme tirador York ha pedido comprobación.

Los soldados que controlaban los tiros hicieron descender el blanco contra el que había apuntado Alvin y se quedaron boquiabiertos al encontrar, esquinado en la diana, el agujero de una bala, que les había pasado por alto. Un segundo más tarde, el blanco subía y un círculo blanco indicaba el lugar en que había tocado el proyectil.

Un rumor se extendió entre los reclutas y Parsons exclamó:

—¡Blanco!... ¡Y diana!

Early adivinó que había cometido un error al menospreciar a Alvin. Pero éste no estaba, al parecer, muy satisfecho de sí mismo. Menéó la cabeza y estudió el punto de mira, diciendo:

—No sé cómo he dejado ese impacto tan lejos del centro. Le aseguro que lo haré mejor cuando haya tirado algo con este rifle.

Early, impulsado por un resto de malignidad, le entregó un peine de balas, proponiéndole secamente:

—Ahí van cinco ocasiones de hacerlo mejor. Dispare cuando esté listo... Oiga—preguntó de pronto—, ¿por qué humedece el punto de mira?

—Verá... Hace que no se empañe. Siempre lo humedezco cuando me propongo hacer buenos tiros.

—De acuerdo—tartamudeó Early, mudo de asombro—: Haga buenos tiros.

El primer disparo de Alvin fué a dar en el centro de la diana, como probó el círculo blanco. Early se le rindió con armas y bagajes.

—Muy bien, York—le felicitó—. Entiende de esto.

Y uno tras otro los proyectiles se hincaron en el centro de la diana. En el campo de tiro reinaba un silencio sepulcral. Los encargados de los blancos estaban atónitos. Uno de ellos dijo:

—Eso no es un quinto. Es Buffalo Bill.

Parsons ordenó que llevaran el blanco a la línea de tiradores. Todos se inclinaron con curiosidad sobre él, escuchando las indicaciones del cabo encargado de las dianas. Alvin se limpió el polvo del uniforme y advirtió:

—Creo que ese fusil desvia un poco hacia la derecha.

—¿Quién le enseñó a tirar, York?—le preguntó Parsons.

—Pues... que yo sepa, nadie, sargento. Mis paisanos dicen que yo sabía disparar un rifle antes de que me destetaran. Pero siempre se exagera un poco—agregó con modestia.

Y, notando todos que no fingía, sino que estaba convencido de tal exageración, lanzaron una resonante carcajada. Alvin York era un individuo muy curioso.

De esta manera, acabaron los contratiempos de Alvin, que se ganó por su bondad y su modestia la estimación y el respeto de sus compañeros y superiores.

Una tarde estaba explicando a sus interesados camaradas el modo adecuado para cazar infaliblemente unos pavos, cuando un ordenanza le avisó que había de presentarse sin pérdida de tiempo al comandante. Alvin, temiendo, como siempre, haber cometido una falta, corrió a la oficina del jefe del batallón. El capitán Denfort y el comandante estaban en ella. Saludaron a Alvin y, a renglón seguido, el comandante dijo al preocupado recluta:

—El capitán Denfort me ha traído un informe sobre su conducta hecho por el sargento de su compañía —hizo una pausa, mientras aumentaba la inquietud de Alvin—. Tiene usted una excelente hoja de servicios.

—Me alegra oírsele decir, señor—sonrió, aliviado, Alvin.

—Usted pidió la exención del servicio basándose en razones de conciencia, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bueno, creo que no lo tendremos en cuenta —y el comandante añadió, encarándose con Alvin—. York, el sargento Parsons recomienda su ascenso al empleo de cabo con destino especial como instructor en las prácticas de tiro. El capitán Denfort y yo lo aprobamos, desde luego.

Alvin recibió los efusivos apretones de manos de los dos oficiales con grandes señales de turbación. Después de carraspear y de intentar sonreír, acabó diciendo:

—Pues lo agradezco mucho, mi comandante y mi capitán... Yo enseñaré a los muchachos a tirar lo mejor que pueda, como

ya hice con «Pisón» y Bert... con los soldados Ross y Thomas, señor... Pero... bueno, yo no quiero ser cabo.

El capitán y el comandante tardaron algo en digerir su asombro. El capitán iba a protestar, pero el comandante, adivinando la razón de las palabras de Alvin, le hizo guardar silencio y dijo afablemente al extraño soldado:

—¿Es debido quizá a sus convicciones religiosas, York?

—Sí, señor. Eso es.

Tragó saliva y se decidió a explicar:

—Señor, yo creo mucho en el Libro... Y... estoy convencido de que nuestra vida en este mundo es un presente que el Señor nos ofrece y que debemos disfrutar sin causar mal a nadie. Y me figuro que guerrear y matar no es parte... bueno, de lo que El quiere que vayamos a cumplir aquí.

—Bien, sí. En cierto modo convergo con usted—declaró el comandante.

—York... con su permiso, comandante — dijo el capitán, aprestándose a discutir con York para convencerle.

—Desde luego, capitán—le permitió el comandante—. Siéntese, York.

En la discusión siguiente, en la que intentaba convencer a Alvin de la necesidad de la guerra en determinados casos, Denfort, con gran diversión del comandante, fué vencido en toda la línea por la dialéctica sencilla y el puro espíritu de obediencia al Amor y la Bondad divinos de Alvin. El comandante, en vista de ello, acudió en su auxilio y, con más comprensión del problema, dió a Alvin un nuevo e insospechado punto de vista. Le entregó un volumen de la Historia de los Estados Unidos, en cuyas páginas encontró el soldado inesperadamente un nombre conocido, que pronunció en voz alta.

—¡Daniel Boone!

—Sí. ¿Oyó hablar de él?—le preguntó el comandante.

—Todo el mundo conoce en nuestro pueblo a Daniel Boone. Fué el primero que entró en el Valle de las Tres Horcas.

—Sí. Fué todo un hombre. Uno de los más grandes. Y ese libro —agregó el comandante, señalando el volumen de Historia—



está lleno de hombres ilustres... York, ¿qué supone usted que Boone iba buscando cuando se aventuró solo en la selva?

—Pues no se me ha ocurrido pensar en ello...

—¿Iría en busca de nuevas tierras o, tal vez, de algo más? —preguntó el comandante—. Algo que un hombre no consigue ver con sus ojos ni tocar con sus manos. Y que algunos hombres no saben que tienen hasta que lo pierden.

—¿Qué, señor? —exclamó intrigado York.

—¿La felicidad? —contestó el comandante—. Eso tan difícil. La felicidad es lo que perseguía y lo que llevó a Boone a nuestro Tennessee..."

Y siguió hablando por este temor, abriendo un mundo nuevo ante los ojos y la mente de Alvin, que tan ávidos estaban de ello. Le habló de la patria, formada por la unión de los hombres que moran en una misma tierra, y del derecho de defenderla por cuanto en ella radican todos los intereses, todos los amores y todas las ambiciones: la familia, la tierra que nos sustenta, las tradiciones...

Alvin se quedó deslumbrado; se puso en pie lentamente, acariciando el lomo del libro de Historia. Guardó silencio durante unos segundos y después dijo lentamente:

—Usted me ha hablado de cosas que necesito pensar con calma.

—Tómese el tiempo que necesite —le concedió el comandante.

—Pues si pudiese ahora —profirió con dificultad Alvin—. Si pudiese volver a mi casa por unos días, yo... yo creo que sacaría en limpio alguna conclusión. Siempre que he meditado lo he hecho allí arriba.

—Muy bien —aprobó el comandante—. Tómese diez días de permiso.

—¿Se refiere a que puedo irme? —exclamó, incrédulamente, Alvin.

—Y cuando usted vuelva, si continúa aún con su idea, recomendaré su exención.

—¿De veras?

—Preséntese a mí en cuanto haya vuelto.

El respeto y el afecto de los oficiales hacia la pureza moral de Alvin llegó hasta el extremo de prestarle el libro de Historia y de extenderle inmediatamente el pasaporte.

Así, inesperadamente, Alvin regresó a su pueblo. Su comportamiento en él fué muy extraño. Pasaba días enteros, y aun noches, en la montaña, acompañado de su perro, leyendo el libro, meditando y contemplando aquella maravillosa tierra que tan arraigada estaba en su alma.

Sus hermanos y su novia estaban asombrados de aquella conducta, pero la señora York, por mujer experimentada y por madre, comprendía que su hijo estaba sosteniendo una batalla grandiosa contra algo superior, de lo que acaso dependiera su destino, y les aconsejaba que le dejaran en paz.

Y en la cima de la montaña, la última noche de su estancia en el valle, Alvin averiguó, a pesar de las encontradas voces que se debatían en su espíritu, que la patria y la conciencia están indisolublemente unidas en el deber. Además, tenía la certeza de que los caminos del Señor inexcusables y que, en caso necesario, Dios se encargaría de pautar su futura conducta.

«Dar al César lo que sea del César, y a Dios aquello que sea de Dios», decía el libro. Y así quedó resuelto su problema.

Día y medio después, el ordenanza anunciaba al comandante y al capitán la llegada de Alvin. El comandante le hizo pasar sin pérdida de tiempo, sintiéndose intrigado por lo que habría resuelto aquel extraño soldado.

—Le devuelvo su libro, mi comandante, y muchas gracias —fueron las primeras palabras de Alvin.

—Bienvenido, York —le contestó el comandante, lanzándole una penetrante mirada.

—Hice lo que usted me dijo —prosiguió Alvin—. He pensado las cosas.

—¿Y qué?

—Decidí quedarme en el Ejército.

El comandante sonrió ampliamente.

—Esperaba que así fuera, York.

—Pero hay... algo, señor... que... que quisiera decirle—tartamudeó, abriendo y cerrando las manos—. Quedan otras cosas... otras cosas que no he meditado aún... y que continúan sin aclarar en mi cabeza.

El comandante esperó a que Alvin continuara hablando. Alvin movió los pies nervioso. Quería jugar limpio con el comandante y evitar malentendidos. No obstante, el tiempo no apremiaba.

—Pero es... bueno, lo que el pastor Pile me dijo al despedirse: «Confía, hijo, en el saber de Dios, que es infinitamente mayor que el de los hombres».

El comandante había comprendido. Inclino la cabeza y meditó; después le contestó:

—York, como su superior jerárquico, no tengo ningún derecho a intervenir en su conciencia. Sólo me es suficiente poder confiar en usted. Y estoy bien seguro de que, cuando llegue el momento, se portará usted como un buen soldado.

### EL HEROISMO DE YORK

Cuando los reclutas estuvieron debidamente entrenados, en la fecha adecuada, fueron embarcados en Nueva York, cruzaron el Atlántico y desembarcaron en Francia, siendo conducidos al sector del frente en que más ruda era la lucha por un descarnado y agujereado pedazo de terreno.

Fronte a las trincheras norteamericanas, en donde se hallaba Alvin, estaba la posición clave de la batalla: una colina que, de ser salvada, procuraría un importante avance a las fuerzas, permitiendo envolver a los alemanes en una tenaza.

Ahora bien, los alemanes, enterados de la transcendental importancia de dicha posición, la defendían encarnizadamente, con gran lujo de hombres y armamento, en el que sobresalían numerosas ametralladoras.

Después de varios días de lucha indecisa, el Estado Mayor decidió dar un ataque decisivo a la colina mencionada, y la tarea correspondió al batallón en que estaba encuadrado Alvin. El ataque debía empezar al amanecer y todos los soldados y oficiales se prepararon para él.

A la hora indicada, los norteamericanos saltaron de sus trincheras y empezaron a avanzar hacia las líneas enemigas, a través



de un inextricable laberinto de alambradas, agujeros de obús y raíces y troncos de árboles destrozados por la metralla.

Al principio pareció que el éxito iba a acompañarles, pero, así que los alemanes se percataron de su movimiento, su artillería comenzó a abrir brechas en sus filas, mientras que las ametralladoras se encarnizaban en el cuerpo de los soldados, especialmente en los de la compañía del capitán Donfort.

Comprendiendo éste que no tardarían en ser diezmados si no tomaba sus precauciones para evitarlo, hizo que los supervivientes se agazaparan en una desigualdad del terreno, desde donde estudió el emplazamiento de los nidos de ametralladoras. Después ordenó a un enlace que avisara a los sargentos que habían de sostener una conferencia con él.

—No pasaremos. Hay que volar esos nidos—dijo el capitán a los sargentos—. Early, tome lo que queda de su sección y vaya dando un rodeo detrás de esa colina. Procure atacarles por la espalda.

Early llevó a los cabos Savage, Cutting y York, con sus hombres, hacia la estribación lateral de la colina, desde donde empezaron a trepar precavidamente. Llegaron sin ser descubiertos a la cima, y desde allí estudiaron el espectáculo que se ofrecía a sus pies.

Los alemanes, ignorantes del peligro que les amenazaba, disparaban unos desde la cima opuesta de la colina, en cuyo centro había una amplia hondonada, donde, otros soldados, descansaban o reforzaban en los momentos oportunos a los tiradores.

Early dió una orden y los soldados norteamericanos se desplegaron en guerrillas, alcanzando el suelo de la hondonada, sin ningún tropiezo. Una vez allí fué coser y cantar el capturar a sus descuidados enemigos. Cuando un alemán dió la voz de alarma, ya era tarde.

—Ahora acercáos sin quitarles el ojo—gritó Early—. Ponedles en fila y desarmadlos.

Iba a hacer lo ordenado por Early, cuando uno de los servidores de las ametralladoras descubrió lo que estaba ocurriendo en la hondonada. En un santiamén las ametralladoras más cerca-

nas a ellos comenzaron a disparar, mientras los alemanes apesadumbrados se arrojaban de bruces al suelo.

Los soldados norteamericanos se desplomaron sin vida o heridos. Los que se salvaron, milagrosamente, se parapetaron entre los troncos y las piedras que tapizaban el suelo de la hondonada, disparando sus armas sin perder de vista a sus prisioneros.

El sargento Early, los cabos Cutting y Savage y la inmensa mayoría de los norteamericanos yacían heridos o muertos. Early, apuntando al oficial alemán que había capturado, llamó a York, que se arrastró hasta él.

—Usted es el único que marcha bien. ¡Tome el mando, York! —dijo Early, jadeando—. ¿Ha oído lo que he dicho?

York había palidecido al oír sus palabras. De nuevo, la mano de Dios intervenía en su vida, dictándole lo que había de hacer. Tranquilizó al sargento con una frase de ánimo y ordenó a los soldados que disparaban en grupos desperdigados:

—Vigila a este tipo—encargó a «Pisón»—. El resto de ustedes manténgase a cubierto.

En cuanto fué obedecido, Alvin comenzó a arrastrarse, en medio de los disparos, hacia la retaguardia. En su rostro había un gesto de decisión. Early, alarmado por aquella extraña conducta, chilló con un esfuerzo:

—Venga aquí. ¿Adónde va?

—¿No me ha dado usted el mando? —preguntó Alvin, sin detenerse.

Lo que hizo después fué asombroso. Se corrió hacia la izquierda del lugar en donde combatían sus compañeros. Las balas le persiguieron tenazmente a través de un espacio descubierto. Con un suspiro de alivio, se escudó detrás de un grueso tronco de árbol. Una bala le atravesó el casco. Pero de pronto el fuego se concentró sobre los supervivientes de la patrulla. Ya no se acordaban de él o le daban por muerto.

Levantó su fusil e hizo fuego contra los servidores de la ametralladora más contigua a sus compañeros. Fueron cuatro disparos muy rápidos y los cuatro alemanes se desplomaron sin vida. «Pisón», al verlo desde su parapeto, gritó alegremente:

—¡Ha limpiado aquel nido de ametralladoras!

Alvin avanzó un poco más, para mejorar el blanco que le ofrecían los ocupantes del nido siguiente, y los mató con tanta tranquilidad como si estuviera en un concurso de tiro. Luego continuó adelantándose hacia las trincheras enemigas.

Era tan patente lo que se proponía y tan maravillosa su destreza de tirador, que los alemanes prisioneros en la hondonada hicieron los posibles para llamar la atención de sus compañeros libres.

—Nada de tonterías, ¿comprendido?—gritó uno de los norteamericanos.

—Vamos a subir con él—propuso otro soldado.

—No. Debemos vigilar a estos prisioneros—objetó «Pisón».—Doble contra sencillo a que ese tipo liquida él solo al ejército alemán completo.

El jefe alemán que estaba a su lado le replicó:

—Hay veinticinco ametralladoras en la colina. Digale que es inútil.

—Dígaselo usted—se burló «Pisón».—Habla mejor que yo nuestra lengua.

Mientras tanto, Alvin había derribado a tres alemanes más y estaba a la altura de las trincheras enemigas, colocadas en la cima. Saltó a un nido de ametralladoras y durante un momento cambió unos disparos con unos escurridizos contrincantes. Pero, finalmente, cayeron víctimas de su portentosa puntería.

Después se trasladó a la trinchera propiamente dicha, desde uno de cuyos contrafuertes hizo fuego a unos soldados que le habían descubierto. Fué una verdadera batalla campal. Tenía a seis hombres delante enviándole proyectiles. Alvin abrió y cerró el cerrojo de su fusil a una velocidad vertiginosa y, cada casquillo que saltaba de la recámara significaba un hombre muerto.

Hizo agazapar a los alemanes en un recodo y esperó con paciencia. En cuanto uno de ellos sacaba la cabeza para ver qué hacía aquel inverosímil tirador, por pequeña que fuese la porción de su cuerpo que mostrase, rodaba indefectiblemente sin vida.

Al fin, ondeó la bandera blanca en la trinchera y Alvin con-

dujo, encañonados, a sus prisioneros hacia el fondo de la hondonada. Eran unos treinta hombres los que se le rindieron.

Los norteamericanos se pusieron en pie y dirigieron sus armas contra sus enemigos, haciendo que formasen en columna de marcha «Pisón», con el rostro distendido por una sonrisa de orgullo, se aproximó a Alvin para felicitarle:

—¡Buena hazaña, amigo!

—¿Dónde está el sargento?—preguntó Alvin.

—Está allí, muy mal herido.

—¿Cuántos hombres nos quedan?

—Nueve contigo—le respondió «Pisón».

Alvin se encaminó hacia el sargento. En aquel instante uno de los alemanes arrojó una bomba de mano en su dirección. El artefacto estalló junto a «Pisón», que cayó al suelo lanzando un gemido.

—¡«Pisón»!—gritó Alvin.

«Pisón» sonrió débilmente y alargó su mano en busca de la de su amigo, murmurando:

—Ya no volveré a empujar a nadie, Alvin. Adiós, amigo.

Su cabeza se inclinó a un lado. Luego permaneció inmóvil. La muerte de su camarada llenó a Alvin de horror. La ira, que había conseguido domar desde el día en que recibió el aviso de Dios, brotó libremente. Saltó como un tigre hacia los alemanes y les apostrofó:

—¿Quién hizo eso? ¿Quién tiró la granada?

Uno de los prisioneros, el culpable de aquel acto, echó a correr repentinamente. Alvin desenfundó su pistola y le disparó, con consecuencias mortales para el criminal, antes de que éste se hubiera apartado diez metros. Luego, con la cara hosca, preguntó al oficial alemán si sabía el inglés y, al obtener una respuesta afirmativa, le avisó:

—Diga a sus hombres que si vuelven a repetir semejante acto, empezaré a diezmarlos. Y el primero será usted.

El oficial transmitió este aviso y, poco más tarde, el mandato de que se quitaran los corrajes. Mientras tanto, Alvin había dispuesto a sus hombres a lo largo de la columna y dió la señal



de partida. En el momento de abandonar la hondonada, se acercó al oficial y le preguntó:

—Si quisiera volver hacia el frente aliado, ¿qué camino seguiría usted?

—Por allí—dijo el oficial, con un relámpago de esperanza en los ojos.

Alvin sonrió con astucia y echó en dirección contraria, exclamando:

—¡Pues entonces por aquí!

Tal fué la extraña comitiva que apareció ante las trincheras norteamericanas. Un soldado en ellas dió la voz de alarma y sus ocupantes les encañonaron, mientras Alvin iba hacia ellos, gritando alegremente.

—¡Es de los nuestros! —aseguró el sargento que mandaba aquel sector.

Peño uno de los soldados opinó que tal vez se tratara de una emboscada y se abrieron unas negociaciones por ambas partes, al final de las cuales Alvin preguntó, apurado, a su interlocutor:

—¿No podrían encargarse ustedes de ellos, sargento?

—¿Dónde íbamos a meterlos?—se sorprendió éste.

Por consiguiente, Alvin, sus amigos y los prisioneros reanudaron su peregrinación a través de una fangosa carretera, hasta que llegaron a un grupo de casas de madera —a todas luces la base de una división—, en donde Alvin descubrió a un sargento hablando con un soldado.

—Traemos algunos prisioneros, ¿podemos dejarlos aquí?

El sargento se volvió hacia quien le hacía tan extraordinaria petición en un tono tan humilde y, después, miró hacia los prisioneros. Al ver tantos, la lengua se le pegó al paladar.

—Un momento, ¿cuántos traen?

—Yo he contado ciento treinta y dos, señor.

—No hay sitio aquí para tanta gente. Llévelos más a retaguardia.

Alvin se ruborizó y tartajó unas palabras confusas. El sargento le animó a que hablase con más claridad y Alvin expuso sus dificultades:

—Verá, no sabemos dónde está nuestra compañía y quisiéramos dejar los prisioneros cuanto antes, ya que sólo somos ocho hombres para cuidar de ellos.

—Debió haber traído más hombres—le afeó el sargento.

—Pero es que no éramos más, señor.

Esta idea se abrió paso con dificultad en el cerebro del sargento.

—¿Se refiere a que usted y siete hombres han capturado toda una compañía?

—Sí, señor. Y tenemos ganas de librarnos de ellos—aseguró Alvin con ansiedad.

—¡Vaya! ¡Santo Cielo!... Creo que podremos ayudarles—chilló el atómbrado sargento.

Así se vió libre Alvin del engorro de su victoria y así comenzó a circular la noticia de su proeza, que pronto, como suele suceder en tales casos, adquirió proporciones gigantescas y versiones disparatadas, asegurando algunos que había capturado al mismísimo Kaiser con toda su Corte.

Al día siguiente, sobre el terreno, conquistado gracias a su heroísmo, Alvin exponía su hazaña a Donfort y al comandante de su batallón; pero, en especial, al general encargado de investigar la verosimilitud de los hechos.

—Según tengo entendido, York—anunció el general, después de las explicaciones preliminares—, su destacamento cruzó esa loma y capturó a unos treinta hombres que estaban aquí.

—Sí, señor.

—Entonces abrió fuego una ametralladora que estaba situada ahí, en esa otra loma, ¿no?

—Sí, señor. Ahí arriba.

—Ya—exclamó el general—. ¿Y dónde estaba usted?

—Pues... yo estaba cuerpo a tierra, detrás de aquel tronco. El fuego que hacían era muy violento, así que yo fui poco a poco hasta aquel tronco que está al comenzar la otra ladera.

El general estudió el terreno e hizo una mueca.

—Parece increíble, ¿verdad, York?, que usted pudiese cruzar indemne tanto terreno batido.

York se encogió de hombros y repuso con sencillez:

—Pues yo creo que el Señor me estaba protegiendo, mi general.

Esto le lanzó una rápida mirada y continuó el interrogatorio:

—¿Y por qué eligió aquel tronco?

—Verá... Pensé que ése era el sitio mejor, porque ellos tenían que levantarse y ponerse a cubierto, si querían disparar contra mí y el resto de los muchachos que estaban aquí. Y así, cuando se levantaran, yo los iría eliminando. —El general aprobó esta idea con un gesto de cabeza y Alvin añadió—: Luego subí a la colina, dando un rodeo por allí, y después por la divisoria hasta un punto donde los cogía de flanco. Y entonces, cuando se movían, quedaban al descubierto. Y entonces ellos optaron por rendirse a mí.

—¿Cuántos mató usted?

—Exactamente, no lo sé, señor —contestó Alvin con acento de repugnancia.

—Creo que el capitán Donfort le informará de ello, señor —le anunció el comandante.

El general volvióse hacia Donfort, que dijo:

—Había unos veinte, en total, dentro de la trinchera.

—¿Y qué hacían mientras tanto sus hombres, cabo?—preguntó el general.

—Pues no podría contestarle, señor. Estaba muy ocupado y supongo que ellos lo estarían también.

Sus tres superiores sonrieron. Donfort se apresuró a informar:

—Según declararon sus muchachos, ellos estaban custodiando a los prisioneros y no podían exponerse al fuego que les hacían desde la colina.

—Muy bien, caballeros—dijo, tras una pausa, el general—. Nada más, cabo.

Sus tres subordinados se cuadraron y el general se marchó hacia el auto que le esperaba poco más allá. Después los tres hombres se encaminaron hacia la base de la división. Al estar a punto de abandonar la hondonada, el comandante se detuvo y exclamó:

—¡Oiga, cabo! Hay algo que me gustaría saber... La noche en

que usted volvió a presentarse a mí en el campamento Gordon, entendí que estaba usted por completo dispuesto a morir por su patria, pero no a matar. ¿Qué fué lo que le hizo variar de opinión?

Alvin advirtió la curiosidad que se pintaba en el rostro de sus superiores y se sintió turbado.

—Verá, señor...

—Desde luego, si prefiere usted no decírmelo, es muy dueño —añadió rápidamente el comandante.

No duró mucho la vacilación de Alvin. Cuando habló, pareció decir algo acerca de lo cual había recapacitado mucho.

—Al llegar aquí, mi intención era tal y como usted ha dicho. Pero cuando oí que sus ametralladoras disparaban y vi caer muertos a mis compañeros, supuse que aquellas máquinas matarían a cientos, a miles de soldados y que no había ningún otro medio de evitarlo más que suprimirlas. Y eso hice.

—¿Mató usted sólo para salvar vidas?—gritó el comandante.

—Sí, señor—aclaró Alvin—. Esa fué la razón.

El comandante se pasó la mano por la frente, como si estuviera soñando.

—Bien, York, ¡acaba usted de decirme la cosa más extraordinaria que he oído!

Y los tres hombres reanudaron la caminata hasta la base, sumido cada cual en sus pensamientos. Los del capitán y el comandante eran de admiración por aquel héroe sencillo, que, como todos los héroes, no se daba cuenta del valor de sus actos.



## EL REGRESO DEL HOCAR

En menos de una semana, Alvin York vióse galardonado tres veces con las más altas condecoraciones de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, por los generales más célebres de aquel tiempo: Foch, Duncan y Pershing.

A decir verdad, Alvin, si no perdió la cabeza ante tanto honor, se sintió mareado por él. Los generales, a los que reverenciaba, le trataban de «vos» lo mismo que a un monarca.

Pero aquello no fué nada comparado con lo que le esperaba al regresar a su patria con un bien merecido permiso. Alvin era el hombre del día y, más que un héroe, el símbolo de una Nación. Al desembarcar en el muelle de Nueva York, una inmensa muchedumbre le acogió con sus vítores, y varios caballeros, elegantemente vestidos, se adelantaron hacia él y le estrecharon efusivamente la mano.

Uno de ellos era Cordell Hull, el senador de Tennessee, que se encargó de trasladarle a un lujoso automóvil descubierto, en el cual recorrió las principales calles neoyorquinas, bajo un auténtico diluvio de confetti y trozos de papeles, y confundido por la atronadora salva de aplausos y de gritos que le tributaban los ciudadanos.

Poco después, el alcaide de la ciudad le ponía en las manos la llave de Nueva York, que tenía un tamaño descomunal. Después de los discursos de rigor, el alcalde dijo a Alvin:

—Bueno, sargento, el pueblo de Nueva York está deseando demostrarle su aprecio. ¿Hay algo que podamos hacer por usted?

—Pues sí; quisiera pedirle a usted una cosa.

—¿De qué se trata?—preguntó, entre risueño e intrigado, el alcalde.

—Pues, si no les causa demasiada molestia, me gustaría hacer hoy un viaje en el «metro». En el expreso del Bronx.

—Creo que podremos arreglarlo—aseguró Hull, guiñando un ojo al alcalde.

Satisfecho de este deseo, Hull y otro caballero condujeron a Alvin al mejor hotel de la ciudad, en donde le habían reservado unas lujosas habitaciones. El pobre muchacho vaciló antes de entrar en aquel palacio. Pero Hull le animó a ello con la siguiente frase:

—Espero que lo encuentre cómodo, sargento York.

—Si no me encontrara, sería demasiado pedir.

—Si necesita alguna otra cosa, no tiene más que hacérselo saber.

—Gracias, gracias, señor. Esto es demasiado sitio para un hombre solo—exclamó Alvin, recorriendo las habitaciones.

De pronto, sobre un piano, descubrió algo que le llenó de emoción: un retrato de su madre, vestida con la sencillez de costumbre. Lo miró en silencio y, luego, con un nudo en la garganta, dijo:

—Son ustedes... muy amables conmigo, caballeros. Confieso que no había visto a mi madre desde hace mucho tiempo.

—Sí, creímos que así sería.

Alvin depositó el retrato de su madre en el sitio en que lo había encontrado y retrocedió, mirándolo. Sonó el timbre del teléfono. Hull contestó a la llamada y avisó a Alvin que alguien deseaba hablar con él.

Era su madre, desde la abacería. La señora York no estaba acostumbrada a aquella clase de artefactos y no pudo hablar cla-

ramente con su hijo hasta que el pastor Pile le indicó que acercara el auricular a su oído.

—¿Cuándo estarás de vuelta en el valle, Alvin?...—preguntó la buena mujer con voz temblorosa—. ¿He dicho que cuándo piensas estar de vuelta, Alvin?... ¡Oh, me alegro, hijo!... Se lo diré a ella. Sí, está aquí. Quiere hablar contigo, Gracie...

Gracie dió un brinco hacia el teléfono, destacándose de los aldeanos que, en crecido número, rodeaban a la familia de su célebre paisano. Los nervios y la alegría impidieron, en un principio, que Gracie hablara de forma inteligible.

—Oyeme, Alvin... Oyeme; sí, Gracie... Estamos aquí, en el almacén del pastor. Ya tiene el teléfono instalado en la tienda... Estoy deseando verte entre nosotros, Alvin...

—Sí, sí—contestó Alvin, desde el otro extremo de la línea—. Espero emprender el viaje en cuanto pueda... Sí; adiós, adiós, Gracie.

Alvin dejó el aparato con un suspiro melancólico. Pero su rostro estaba radiante. Cordell Hull le contemplaba con simpatía.

—Gracias. Es una alegría hablar con la familia.

La existencia de Alvin continuó siendo un torbellino de festejos y homenajes. Mientras tanto, acabó la guerra. Según Alvin, tantos agasajos ya no tenía razón de ser y, además, sentía grandes deseos de regresar a su comarca natal. Una noche, al volver de una fiesta, habló de este asunto con el senador.

Este estaba sentado en un diván y encendía un cigarro, cuando Alvin dobló su largo cuerpo y ocupó un sillón frente a él. Sin previo aviso, espetó a Hull:

—Señor Hull, quiero irme a casa. ¿Cuándo podré hacerlo?

—Está impaciente, ¿no es eso?

—Sí, señor, y mucho. Es que tengo que trabajar.

—Sobre ese particular, aquí tendrá usted bastante que hacer, Alvin—aseguró el senador, sacando unos papeles de una cartera—. He estado deseando hablarle de ello. Usted es un hombre famoso ahora. Y a juzgar por las ofertas que se han recibido, parece que hay mucha gente que se ha dado cuenta de ello...

Enumeró dos productoras cinematográficas, un jardín de in-

vierno, un teatro, Ziegfield y una fábrica de productos alimenticios... En resumen: una suma total de doscientos cincuenta mil dólares. Al oír esta cantidad, Alvin se puso en pie y empezó a pasearse preocupado.

—¿Qué? Me ofrecen tanto dinero... ¿y por qué?

—Es una simple proposición comercial—le aclaró Hull.

Con aquel dinero podría comprar todas las cosas que ambicionaba. Pero una terrible sospecha pasó por su mente. Volvió a sentarse y preguntó:

—¿Quieren darme este dinero por lo que pasó en Francia?

—Hull inclinó la cabeza—. ¿Qué haría usted, señor Hull?

—Creo que eso es cosa suya, Alvin.

—Tiene usted razón.

—Tómese el tiempo necesario para pensarlo—le aconsejó Hull.

—Ya lo he pensado, señor Hull. No me siento orgulloso por lo que pasó allí. Lo que hicimos en Francia es lo que debíamos hacer. Muchos compañeros lo hicieron también y no han vuelto y, en mi opinión, estas cosas no son para comerciar con ellas. Conque creo que debo rehusar. Hará el favor de comunicárselo en mi nombre, ¿verdad? Dígales que me voy a casa.

—Será un verdadero placer, Alvin.

\* \* \*

El día del regreso de Alvin fue un gran día para los habitantes del valle. Al verle descender del tren, todos corrieron a su encuentro, gritando y atropellando a los músicos que tocaban el himno nacional, y Alvin pasó por verdaderos apuros antes de poder abrazar a su orgullosa familia, a Gracie y al pastor.

Este había adquirido un automóvil y en él embarcó a sus amigos, huyendo del alboroto. El pastor conducía con escasa pericia y se metía en todos los baches, lo que hacía las delicias de Rosie. Después de un rato de conversación, Alvin preguntó súbitamente:



—¿Qué pasó con aquella parcela que yo pensaba adquirir en el centro del valle? Supongo que seguirá allí.

—Desde luego—aseguró el pastor, mientras que George hacía callar a Rosie de un codazo.

—Seguro que ya la habrá comprado otro. Porque, claro, no podía esperar que Zeb me la guardase tanto tiempo. Así y todo quisiera echarle un vistazo.

—No creo que haya nada malo en que la veas, Alvin—aseguró Pile.

—Yo también quisiera ir a verla—dijo Gracie.

—Os dejaré en la bifurcación y así Gracie y tú os acercaréis allá.

Alvin se sorprendió al ver que el puente sobre el riachuelo había sido cambiado, pero le preocupaban demasiado sus pensamientos para que hiciera más que comentarlo. Puso las manos en los hombros de la inquieta Gracie y exclamó:

—Gracie, estoy muy preocupado. Eso de que el obispo se empeñe en casarnos y los vecinos de los alrededores vengan a ver...

—Desde luego, impone muchísimo—convino Gracie, deteniéndole sobre el puente—; pero creo que lo resistiremos.

—Pero hay otra cosa que me preocupa...

—¿Cuál?

—Que a estas alturas no tengo nada que ofrecerte, excepto una buena boda.

—¿Cuántas se conformarían con sólo eso!

—Pero supongo que querrás comer y dormir, ¿no?

—Estoy algo desganada y he descansado de sobra durante tu ausencia—replicó Gracie.

Alvin meneó enérgicamente la cabeza, algo molesto del ligero tono de broma con que su novia trataba aquellos asuntos tan graves. Y protestó:

—No, Gracie; no se puede obrar así. Tenemos que esperar. Tal vez dentro de dos o tres años, si tú quieres esperar...

—Pero yo no quiero esperar—gritó Gracie, riendo.

—¿Cómo?—se sorprendió Alvin—. ¿No lo harás?

—No hay ninguna necesidad de esperar—aseveró Gracie—. Cierra bien los ojos y no los abras hasta que yo lo diga.

Obedeció él y ella le condujo a través del puente y, después, pendiente arriba. Le colocó a su sabor y le indicó que podía mirar.

El mundo pareció vacilar bajo los pies de Alvin. En su querida parcela había la casa que él había imaginado, con la chimenea humeando, corrales, cercas... La voz de Gracie le volvió a la realidad. La muchacha estaba gritando algo a lo que no podía dar crédito.

—Es tuyo, Alvin. Todo es tuyo. Te lo acaban de regalar los habitantes del estado de Tennessee por lo que hiciste... Hay más de doscientos acres y la casa es más grande, con más ventanas, y la cocina tiene bomba... Todo para nosotros.

Alvin parpadeó. A continuación abrazó a Gracie. La realidad le entraba con la luz y el amor en el espíritu. De pronto, comenzó a moverse lentamente; luego, anduvo; después, abrió el paso y, por último, sin soltar la mano de Gracie, echó a correr hacia la casa de sus sueños, murmurando:

—Sí... El Señor obra en forma muy misteriosa.

FIN

# COLECCION ALAS

75 céntimos

CARTAS Y DECLARACIONES DE AMOR  
NUEVAS CARTAS AMOROSAS  
LO QUE DESAGRADA EN LA MUJER  
LO QUE DESAGRADA EN EL HOMBRE  
EL SECRETARIO AMOROSO  
LENGUAJE DE LAS FLORES  
CUENTOS GITANOS Y VOCABULARIO CALE

MANOJO DE CHISTES  
PARA HACERSE AMAR  
MANOJO DE PIROPOS  
PENSAMIENTOS SOBRE LA MUJER Y EL AMOR  
DECLARACIONES DE AMOR EN VERSO  
EL ARTE DE CONSERVAR LA LINEA  
CANTINFLERIAS (Chistes de «Cantinflas»)  
ARTE DE COMER BIEN Y BARATO  
PIROPOS ESTUDIANTILES  
EL ARTE DE ENCONTRAR NOVIO  
EL ARTE DE ENCONTRAR NOVIA  
COMO ALTERNAR EN SOCIEDAD  
CONSEJOS A LOS ENAMORADOS  
FELICITACIONES EN PROSA Y VERSO  
LLUVIA DE PIROPOS  
CHISTES A GRANEL  
4 CUENTOS DE AMOR  
4 CUENTOS DE HUMOR  
150 NUEVOS PIROPOS  
JUEGOS DE MANOS  
PRESTIDIGITACION  
ADIVINACION DEL PENSAMIENTO  
ILUSIONISMO  
MACIA

1 peseta

♦ ♦ ♦  
LOS AMANTES DE TERUEL  
ROMEO Y JULIETA  
MANON LESCAUT  
LA DAMA DE LAS CAMELIAS  
PABLO Y VIRGINIA  
OTELLO Y DESDEMONA  
HAMLET Y OFELIA

PASATIEMPOS - CRUCIGRAMAS 1'50 pesetas  
(publicación mensual)

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Colling  
 Melodía de Broadway . . Robert Taylor  
 Apuesta de amor . . . Gene Raymond  
 Néstor Piermosca . . . Gino Cervi  
 Sepultada en vida . . . A. Nazari  
 Aventura Pampadour . . Kate de Naji

Melodía roja . . . Billy Bergel  
 Cupido sin memoria . . Ann Sothern  
 Meris Hone . . . Paula Wessely  
 El caso Vaso . . . Clive Brook  
 Quimera de Hollywood . Joan Fontaine  
 Los tres vagabundos . . Heinz Rühmann

## SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabé, Toomay de los  
 elefantes . . . Sabú  
 Tú cambiarás de vida . M. Redgrave  
 Los dos niños de París . C. Burghon  
 ¿Es mi hijo? . . . Lil Dagover  
 La última avanzada . . Cary Grant  
 Vacaciones juez Harvey Mickey Rooney  
 Marguerite Gautier . . Robert Taylor  
 Mortal sugestión . . . Ann Harding  
 Una chica insoportable Danielle Darrieux  
 Bajo manto de la noche Edmund Lowe  
 Alarma en el expreso . M. Redgrave  
 Crimen de medianoche Ramón Parede  
 El signo de la Cruz . Fredric March  
 El asesino invisible . . Walter Abel  
 Los dos pilleros . . . Jacques Tavori  
 Pygmalion . . . Leslie Howard  
 María Estuardo . . . Kath. Hepburn  
 Cuidado con lo q. haces Michael Redgrave  
 Por la dama y el honor Paul Lukas  
 El día que me quieras Carlos Gardel  
 El pequeño lord . . . F. Bartolomew  
 Yaxán de las fieras . . Buster Crabbe  
 Albergue nocturno . . . Greta Gynn  
 El misterio de Villa Rosa Judy Kelly  
 Acusado . . . Dolores del Río  
 Forja de hombres Mickey Rooney  
 Lo primero millonario Gene Raymond  
 Los peligros de la gloria James Cagney  
 La bella rebelde . . . Ann Sothern

Buscando fama . . . Don Ameche  
 Una mujer imposible . . Jenny Jugo  
 El hombre del Níger . . Victor Francen  
 Extraños en luna de miel Hugh Sinclair  
 Andrés Harvey Tenorio Mickey Rooney  
 Fruto dorado . . . Clark Gable  
 El secreto del marqués Armando, Falcón  
 Ironía . . . Ann Neagle  
 Una letra en blanco . . Franchot Tone  
 La batalla . . . Charles Boyer  
 La familia Robineau . . Fr. Bartholomew  
 La mujer de las dos caras Greta Garbo  
 Luna llena . . . Jean. MacDonald  
 La hora radiante . . . Joan Crawford  
 Cuando ellas se encuentran Melvyn Douglas  
 El rapto de Laura . . . Joan Fontaine  
 Una chica se divierte . . Jean Arthur  
 Una mujer endiablada Lupa Vélez  
 El club 400 . . . George Murphy  
 La vuelta del rano . . . Gordon Harbar  
 El gran jefe . . . V. Mac Laglen  
 Cuando los hijos se van Fernando Soler  
 Otra vez más . . . Ronald Colman  
 Juventud ambiciosa . . William Holden  
 El sospechoso . . . Charles Laughton  
 Matrimonio de inconveniencia . . . Diana Barrimore  
 Una chica afortunada . . Jean Arthur  
 La dama del tren . . . Diana Durbin  
 Documentos Z 3 . . . Isa Miranda  
 Zaza . . . Claudette Colbert

## 3 pesetas

Olivia . . . Kat. Hepburn  
 El duque de West Point Joan Fontaine  
 El nuevo zorro . . . John Carroll  
 Rutas infernales . . . John Wayne

Hombres intrépidos . . John Wayne  
 Kit Carson . . . John Hall  
 La ruta del este . . . Frankie Edwards  
 ¿Crimen o suicidio? . . Paul Kelly

## SERIE ESPECIAL

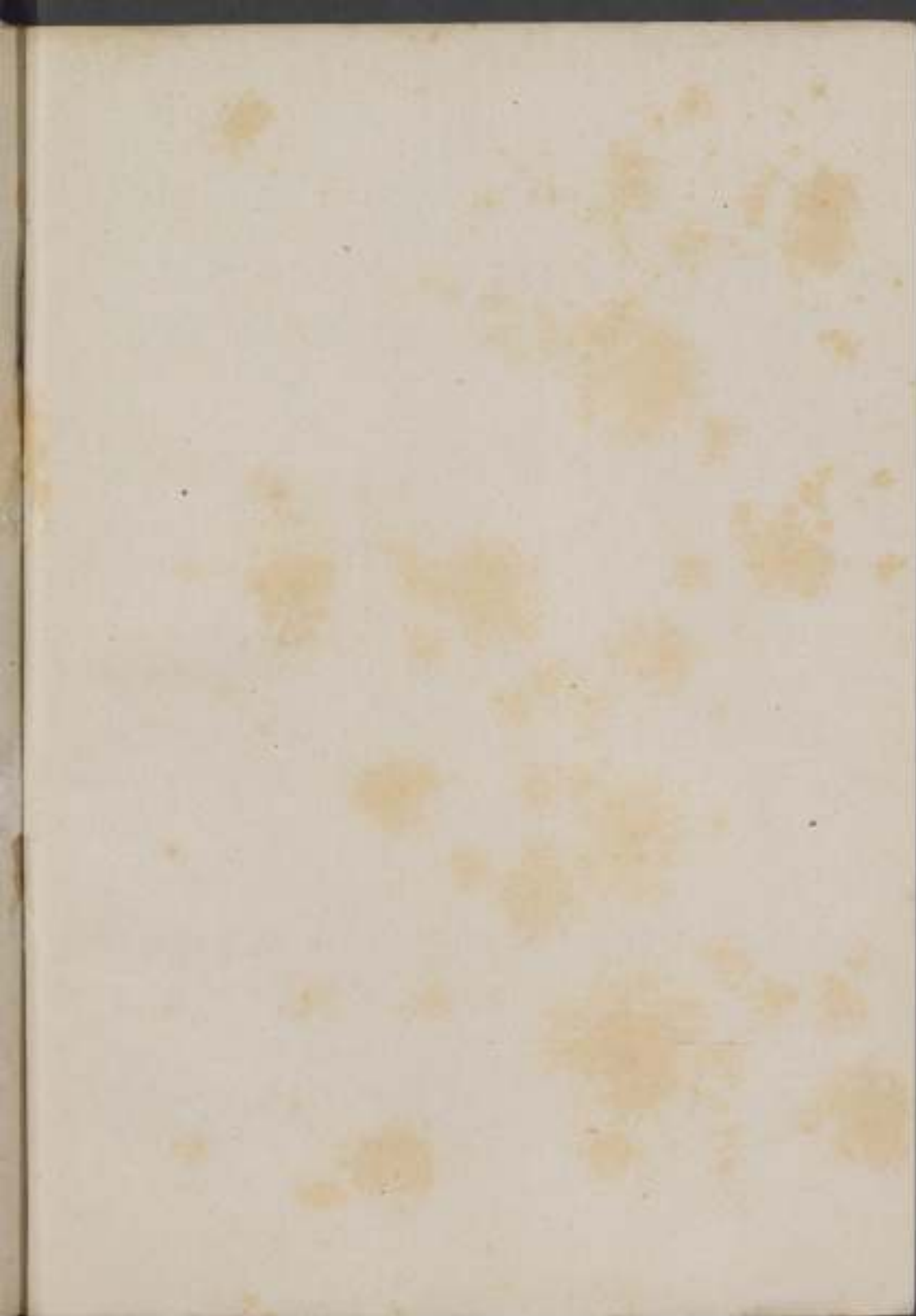
3,50 ptas.

Cuando quiero un meli-  
 cano . . . Jorge Negrete  
 Así se quiere en Jalisco Jorge Negrete  
 Diego Banderas . . . Jorge Negrete  
 Perjurio . . . Jorge Negrete  
 Jorge Negrete. Biografía «Genio y Figura»

La cámara diabólica . . Flash Gordon  
 El rayo de la muerte . . Flash Gordon  
 La madrina del diablo Jorge Negrete  
 Seda, sangre y sol . . . Jorge Negrete  
 Sargento York . . . Gary Cooper

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





No deje de leer en

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3 pesetas  
150.000 letras de texto

## HOMBRES INTREPIDOS

Novela realista de los narradores del mar, con sus proezas, aventuras, arrojo y la ruda coraza de sus cuerpos bronceados de navegantes.

## LA RUTA DEL ESTE

Novela documental histórica de gran emoción e interés, describiendo los efectos de los torpedos, submarinos, explosiones y hundimientos.  
¡Cautela!      ¡Astucia!      ¡Decisión!

## KIT CARSON

Gran novela de aventuras entre los indios salvajes y los ejércitos mejicano y americano durante la guerra de liberación de California.  
JOHN HALL - LYNN BARY

¡ACONTECIMIENTO!

## EL IMPERIO FANTASMA

**3'50 ptas.**

Primera parte LA CAMARA DIABOLICA  
Segunda parte EL RAYO DE LA MUERTE

La fantástica novela de mayor emoción, creación del idolo de todos los públicos

## FLASH GORDON

**3'50 pesetas**